

Edición y corrección: Rogelio Riverón
Dirección artística y diseño de cubierta: Alfredo Montoto Sánchez
Fotografía de cubierta: Diego F. Lastre
Diseño interior: Belinda Delgado Díaz
Composición computarizada: Isabel Hernández Fernández

© Luis Adrián Betancourt, 2006
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2006

ISBN 959-10-1151-2

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

E-mail: elc@icl.cult.cu

A modo de prólogo

La literatura que narra los hechos en que se ve envuelto un militante comunista, infiltrado en uno de los cuerpos represivos de la tiranía, es prácticamente inexistente en Cuba. De ahí la novedad de este relato para las últimas generaciones.

La juventud de hoy no ha conocido ni aún por lecturas la horrible pesadilla de los crímenes y torturas de aquellos cuerpos.

En el presente relato sobresalen facetas de gran importancia, de entre las que podemos enumerar:

La colaboración de «expertos» del FBI con los cuerpos represivos de la tiranía.

Las relaciones «interpersonales» de los grandes jerarcas del Buró de Represiones de Actividades Comunistas (BRAC), el Buró de Investigaciones (BI) y el Servicio de Inteligencia Militar (SIM).

Sus relaciones con gangsters de la época, así como la descripción de acciones poco conocidas (los sucesos de Orfila, el asesinato de Pelayo Cuervo y de Benito Remedios, la muerte de Salas Cañizares, la mafia azul, la policía).

Interioridades de la participación de Cuba en la guerra de Corea.

La caracterización de algunos personajes de los cuerpos represivos (el coronel Piedra, Mariano

Faget, Pérez Coujil, Martín Pérez, Rolando Masferrer).

Detalles del tráfico y el consumo de drogas dentro y fuera del Grupo de Drogas de la policía especializada en esa actividad.

Los modus operandi de famosos delincuentes como El Águila Negra, de los falsificadores de monedas, y los proxenetas.

Especial significado tiene la parte dedicada en este testimonio al empuje de las fuerzas rebeldes a fines de 1958 y la actitud cobarde de las camarillas represivas y sus jefazos que abandonaron rápidamente el país en aviones y embarcaciones navales, mientras otros buscaron asilo en determinadas embajadas. Las ratas abandonaron el barco el 1ro. de enero de 1959 y algunas incluso desde días anteriores.

En resumen, este libro tiene la virtud de tratar asuntos casi desconocidos para las generaciones formadas en y por la Revolución, ya que no solo relata las acciones de un individuo siempre propenso a ser descubierto y perder la vida, sino que es también un pedazo de la década de 1950, heredada de Grau San Martín y de Carlos Prío Socarrás, y ensangrentada por Fulgencio Batista con el apoyo del gobierno de Estados Unidos.

Las difíciles condiciones del trabajo en la clandestinidad tienen un lugar destacado en esta obra, que no pasa por alto el comportamiento de algunos policías honrados no involucrados en crímenes.

RAÚL VALDÉS VIVÓ

El hijo del soldado

Recuerdo la primera vez que vi a mi padre vestido de militar. Daba vueltas por la habitación como si quisiera empezar a repartir órdenes a diestra y siniestra. Yo era muy pequeño, si acaso tendría seis años y empezaba a ir a la escuela primaria de El Rincón, no tenía edad para entender muchas cosas, pero sabía que estaba sucediendo algo muy importante y de alguna manera tenía que ver con nuestra familia.

Sabía que mi padre detestaba a los hombres de uniforme, se lo oí decir más de una vez, que no había nacido para la vida del cuartel, por eso no entendía por qué ahora era soldado.

La historia acababa de hacer uno de sus giros violentos, el dictador Gerardo Machado había huido en avión hacia Bahamas dejando atrás disturbios y persecuciones, y a partir de entonces casi todas las conversaciones de los adultos tenían que ver con las armas.

Recuerdo claramente una noche en que mi padre se preocupaba por la suerte de su hermano, mi tío Manolo, también militar, que estaba entre los sublevados dentro del Castillo de Atarés. Ya existía la experiencia del Hotel Nacional, donde los alzados en armas resistieron hasta la última bala el asalto de la infantería, la artillería, los camiones blindados, y hasta buques de

guerra y cuando fueron hechos prisioneros recibieron golpes, humillaciones y algunos fueron asesinados en los jardines del hotel. De nuevo en Atarés se repetían los crímenes, asomaban las banderas blancas por detrás de los viejos muros anunciando la rendición, pero los que salían afuera con las manos en alto eran asesinados, ametrallados por las fuerzas del gobierno que esperaban en las faldas del castillo. Casi un centenar de muertos. A Blas Hernández, estando ya preso, se le acercó un oficial, le dijo: *Ya tú no vas a hacer más de las tuyas*, y le metió un tiro entre ceja y ceja. Oyendo aquellas historias me di cuenta de que mi tío estaba en gran peligro. El odio estaba disperso en los dos bandos.

Después de muchas averiguaciones sobre su situación, un amigo le dijo a mi padre:

—Tu hermano está vivo, pero no le arriendo las ganancias, porque hay mucha saña en el ambiente.

Y a partir de ese instante, mi padre hizo todo lo posible y lo imposible por salvarlo. La historia tuvo un final feliz. Nunca se me olvidará el día en que vi llegar a mi tío Manolo de uniforme y polainas, pero sin sombrero, subiendo las escaleras, donde vivíamos en los altos de Omoa y San Joaquín. Parecía un milagro que regresara vivo. Recuerdo que mi padre lo abrazó y estuvieron largo rato hablando de aquel choque de las armas en las faldas de Atarés. Manolo dejó de ser soldado, luego abrió una pequeña mueblería en la calle Monte, cerca de los Cuatro Caminos, y era militante del Partido Socialista Popular (PSP).

Seis años antes de aquel episodio, cuando nací en Santiago de las Vegas, el 5 de marzo de 1927, la situación era bien diferente. Me contaba mi padre que yo

había venido al mundo el mismo mes en que sonaron los primeros barrenos abriendo la Carretera Central, época feliz del dictador Gerardo Machado Morales, quien con su consigna de «agua, caminos y escuelas» y aranceles proteccionistas que pretendían la independencia económica de los Estados Unidos, quiso echarse al pueblo en un bolsillo. Luego se creyó con derecho a perpetuarse en el poder. Reprimió a sus enemigos con torturas y asesinatos.

Fue así que, esfumándose su fama de buen gobernante, decidió aspirar a una reelección, y ahí mismo se acabaron sus glorias, y los aplausos. Hasta los que un día le gritaron *¡Viva!* empezaron a desearle la muerte. Comenzó bien, pero acabó mal, huyendo de manera humillante. Fue en esa ocasión que mi padre y mi tío vistieron el uniforme, y los dos llegaron a arrepentirse.

En Santiago de las Vegas viví solo unos meses. Después nos mudamos para El Rincón, donde cursé los primeros años de la escuela primaria. El sexto grado lo terminé cuando vivía en el reparto Los Hornos, de Marianao, allí en la casa de Omoa y San Joaquín.

Éramos muy pobres, mi padre fue soldado como pudo haber sido carpintero o albañil, y nunca se valió de su condición de militar para obtener ventajas ni para convertir en privilegio la cuota que le tocaba de autoridad. Era solo su manera de ganarse la vida honradamente sirviendo a la Patria. Cuando lo retiraron, en el 1948, lo primero que hizo fue ir a afiliarse al Partido Socialista Popular. De esa manera quiso hacer constar lo que llevaba por dentro de aquel uniforme amarillo.

Dadas las circunstancias difíciles en que transcurrió mi niñez, solo estudié hasta donde pude, luego fui peón de albañil, dependiente de bodega y operario de una fábrica de mosaicos. Ni de juego podía ponerme a pensar en estudiar alguna carrera universitaria o alcanzar al menos un nivel medio de enseñanza.

Todo el tiempo y el esfuerzo se me iba en tratar de subsistir y ayudar a la familia, ya que en total éramos ocho hermanos.

Decidí que el primer paso que debía dar era hacerme de un oficio. Aprendí a fabricar mosaicos en un pequeño negocio que había frente a la cervecería La Tropical. Me ganaba un peso al día alcanzándole materiales a los operarios. Era un chinchal de los que abundaban en todas partes, pequeño, rústico, pero que no paraba de hacer losas.

Cuando me familiaricé con aquello, le pedí al dueño que me dejara aprender el oficio. Lo permitió, con la advertencia de que siempre lo hiciera durante mi tiempo extra. En las noches aprendí todo lo que necesitaba saber, a los seis meses ya me había hecho operario, y a partir de entonces losa que me salía bien, losa por la que me pagaban un centavo.

Ya siendo operario trabajé en varios chinchales y estando en uno que radicaba por el fondo de la plaza de Marianao, me vi envuelto en un incidente desagradable por defender mis derechos y los de mis compañeros. Viendo que aquello era una explotación de las peores, que no se cumplían las leyes laborales, que por el contrario, se aprovechaban de las necesidades de los trabajadores, y que estos admitían cualquier maltrato con tal de poder llevar a casa algún dinerito,

decidí que había que hacer algo para mejorar esa situación y que se respetaran nuestros derechos, así que me fui a exigirle al dueño que nos pagara el descanso retribuido.

Me paré frente a aquel hombre y le dije:

—Si no se resuelve esto ya, no le hacemos ni una sola losa más.

El hombre se voló.

—Ah, pero ¿usted sabe lo que está haciendo? Amenazándome con ir a la huelga...

Me trajeron a la policía, me acusaron de comunista, de querer organizar una revuelta con los mosaístas. Me llevaron a la 17 Estación, y allí me tuvieron retenido durante un tiempo. Tan pronto como me soltaron me fui derecho a hacer una denuncia que publicaron en el periódico *Hoy*, porque entonces el Partido no era oficialmente clandestino. Al PSP en realidad llegaban a masticarlo pero no lo tragaban. Después, como se sabe, Carlos Prío¹ viró los cañones contra los comunistas para congraciarse con los americanos, trató de clausurar *Hoy* y finalmente volvimos a la clandestinidad: después del golpe de Batista en marzo de 1952, no se podía esperar otra cosa que lo peor.

Cinco años antes, en 1947, yo había ingresado en la Juventud Socialista del barrio de La Lisa, en el oeste habanero. Mis padres y otros dos hermanos también eran militantes. Mi hermano mayor, Porfirio Enríquez Laverde, era miembro del Comité Municipal del Partido Comunista en Marianao, dirigente de la Juventud

¹ Presidente cubano desplazado por el golpe militar del 10 de marzo de 1952 dirigido por Fulgencio Batista.

en el barrio Ceiba, trabajaba en la clínica Miramar y estaba al frente de una célula clandestina del Partido Socialista Popular, a la que yo pertenecía.

Ese era el ambiente que se respiraba en casa, el que percibí desde que entré en uso de razón. Casi se puede decir que aprendí a leer con la literatura que todos los meses distribuía el Partido entre sus militantes. Ya por ese entonces se organizaban círculos de estudio y era curioso descubrir cómo sin ir a una universidad o ser un profesional, se iba adquiriendo una cultura general por cuenta propia. Tal vez no sabía conjugar un verbo, pero podía entender cualquier situación de la política mundial, que siempre ha sido bastante compleja.

Pero también de pan vive el hombre. Mi primer pensamiento al levantarme cada mañana era cómo encontrar un escape para mejorar la situación económica de mi familia. En una ocasión estuve muy embullado para irme a trabajar a Venezuela, un poco sin rumbo, a buscar un buen empleo, por aquello de que nadie es profeta en su tierra, y allí estaban en medio del auge petrolero. Esa fiebre arrastró a mucha gente, por poco me arrastra a mí, pero mi padre me quitó la idea, me dijo que no había nada mejor que vivir de lo nuestro y en lo nuestro. Además, ¿qué vas a hacer tú solo por ahí lejos de tu familia y de tu país?

¿Policía de azul dril?

Tenía 23 años cuando mi padre, que ya estaba en retiro, un día se encontró casualmente con un viejo amigo de los años 30, de los tiempos en que servían juntos en el cuartel de San Ambrosio. Después del abrazo y los saludos, se sentaron a conversar.

A este hombre le había ido muy bien, ya era un alto oficial, con el tiempo hasta llegó a ser coronel. Se trataba del célebre Leopoldo Pérez Coujil, que después tuvo que ver con el golpe del 10 de marzo de 1952, fue jefe del Buró, jefe del BRAC y se convirtió en un vulgar esbirro.

Ese día, mi padre y Leopoldo estuvieron conversando largo rato, como suele ocurrir en tales casos cuando dos viejos amigos se reencuentran. Se pusieron a contarse sus cosas, a «registrar las gavetas» y a recordar la época en que habían coincidido en el mismo cuartel. Pocas cosas hermanan tanto como la experiencia de vivir dentro de la misma barraca. Y hablaron de aquellos tiempos y también de la situación familiar que tenía cada cual.

Leopoldo le preguntó al viejo por cada uno de sus ocho hijos, y así fue conociendo la situación que enfrentábamos entonces, que no era muy buena, y allí mismo aprovechó mi padre la ocasión para decirle:

—Ahora a Mario lo tengo sin trabajo. Como está la cosa, y yo retirado, no sé qué voy a hacer con él.

—¡Coño Antonio! —le respondió Leopoldo entusiasmado, sacudiéndole los hombros—. Eso no es ningún problema. Mira, voy a darte una idea. ¿Por qué no lo metemos a policía?

Parece que a mi padre le gustó la proposición, el oficial le prometió que si aceptaba, aquello era un asunto resuelto. Y él, sin contar conmigo, le dijo que le metiera mano al alistamiento. Cuando el viejo llegó a la casa con aquella noticia, yo no sabía cómo entenderla, si como un chiste pesado o como una locura. Cuando vi que la cosa iba en serio le dije:

—Pero papá, yo no te entiendo, si toda la vida estuviste inculcándonos que no se nos había perdido nada en los campamentos, si me decías que soldadito, ¡ni de plomo! Si por ti me enteré de todo aquello que decía de los soldados y policías Nicolás Guillén, ¿cómo vas a venirme ahora con esa, viejo?

Entonces el viejo sonrió, me echó el brazo por encima del hombro, se empezó a pasear conmigo, y en un tono íntimo de conspiración, me respondió que aquello no era como yo pensaba, sino que tenía su vuelta, que hasta quizás podría convenirle al Partido que yo estuviera entre esa gente y vistiendo ese uniforme, ya que el hábito no hace al monje.

La intención de mi padre era proponer el asunto mediante uno de mis hermanos, el que era miembro del Comité Municipal de la Juventud Comunista. Así lo hizo, Porfirio elevó aquello al Comité Nacional y allí enseguida se interesaron por el caso, porque era una tarea que ya cumplían otros militantes. Ni se sabe

la cantidad de gente que estaba en la misma situación que yo, hasta tenían un frente para eso, en lo que concierne a los comunistas, porque las demás organizaciones opuestas al gobierno también tenían a su gente y su forma de actuar dentro del Buró y de otras dependencias oficiales. De manera que yo no iba a ser el único que estuviese allí, compartiendo con los esbirros, aunque realmente serviría a otros intereses y no a los de la policía.

Y así fue como el PSP me autorizó a alistarme, lo que tuvo lugar el 19 de noviembre de 1950. Y mi padre muy contento, porque mataba dos pájaros de un tiro, se mejoraba con mi sueldo la economía familiar y se prestaba un buen servicio al Partido.

Esa era la época en que gobernaba por el Partido Auténtico Carlos Prío Socarrás, el presidente socarrón de la «cordialidad». Había relativa tranquilidad en el país, sobre todo si se compara con lo que vino después, aunque imperaban en las calles habaneras las bandas de *gangsters*, y los llamados grupos de acción, muchos de cuyos personajes habían sido o eran policías o estaban apadrinados por los jefes del cuerpo y también por los políticos.

Los hechos de sangre llenaban las crónicas rojas de los periódicos y los *flashes* radiales. Todos los días la gente se mataba a tiros en las calles de La Habana y no siempre resultaba fácil comprender por qué lo hacían. Era una cadena de muertes y venganzas que no parecía tener fin. A cada rato te encontrabas en las revistas y los periódicos alguna noticia de un atentado, las fotos de los muertos en una de esas balaceras. No había manera de parar aquello, porque violencia engendraba

violencia y ninguno de los grupos se resignaba a hacer el último disparo ni a poner el último muerto de aquella guerra. No llevaba yo una semana de militar cuando el ex coronel José Pérez Domínguez fue atacado a tiros en La Víbora. Era como una guerra sin fin.

La masacre de Orfila

Cuando ingresé en la policía todavía la gente recordaba los sucesos del reparto Orfila, el 15 de septiembre de 1947. Estaba muy fresco en la memoria de cualquier compatriota aquel episodio sangriento que toda Cuba vio en un noticiero de cine tan dramático que le dio vuelta a la Isla. Al verlo la gente se preguntaba: ¿Pero cómo ha sido posible? ¿En esta película, quiénes son los buenos y quiénes los malos? ¿No había nadie con suficiente autoridad que parara esa masacre?

Un policía viejo me contó que aquello había sido fruto de las intrigas. El presidente Ramón Grau había repartido cargos en la policía entre los *gangsters*, y ellos no dejaron de matarse unos a otros. Tal vez Grau lo premeditó buscando librarse de los *gangsters*. Mario Salabarría era el jefe del Departamento de Investigaciones de la policía, una posición respetable. Algunos decían que Mario era «el amo de La Habana», y seguramente él se lo creyó cuando quiso eliminar a su principal enemigo, Emilio Tro, también nombrado comandante de ese cuerpo. Tro era el jefe de la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR). Ya le habían hecho un atentado en septiembre. Salió vivo de puro milagro, con más de 50 impactos de bala en su carro. El que le tiró fue muerto después y fue el pretexto que

utilizó Salabarría para ordenar su arresto. Supo que estaba almorzando en casa de Morin Dopico y allá mandó a acorralarlo. Fueron de varias unidades, también del Buró. Le tiraron con todo, con balas dum-dum, incendiarias, hasta gases lacrimógenos, durante casi tres horas.

Se dice que mientras la casa era tiroteada, fue una comisión a ver al presidente y pedirle que mandara a detener aquella balacera, pero que él se escondió. Paulina Alsina salió a atenderlos, dijo que el Presidente estaba enfermo y no podía recibir a nadie. Se dijo por ahí que Grau actuó perversamente, tal vez porque le convenía que se mataran entre ellos.

Genovevo Pérez Dámera, el jefe del Ejército, ordenó finalmente que los tanques de Columbia marcharan hacia Orfila con la orden de intervenir. Pero llegaron demasiado tarde.

Los atacantes de la casa de Dopico se comportaron salvajemente. No respetaron una tregua, no les importó que se rindieran, ni siquiera tuvieron en cuenta que estaba saliendo la mujer de la casa, Aurora Soler, que estaba en estado y además llevaba una niña en sus brazos. Hasta la muchachita resultó herida. Emilio Tro descuidó su protección y se arrastró hacia ellas, murió tratando de salvarlas. Le metieron 18 balazos. Era un hombre valiente, había participado en el desembarco en Normandía. El *cameraman* Guayo filmó todas aquellas horribles escenas para el noticiero de los cines, casi todo el mundo vio aquella tragedia, daba vergüenza mirar cómo se cometían aquellos asesinatos de manera tan impune. Germán Pinelli lo narraba por radio como si se tratara de un partido de pelota,

con los tiros oyéndose de fondo, porque él estaba allí viéndolo todo, haciendo periodismo en vivo. Un hermano de Pinelli trabajó en el Buró, pero no tenía esa chispa del locutor. Entonces, cuando terminó ese *show* sangriento de Orfila, cogieron preso a Salabarría, le hicieron un registro y tenía miles de pesos metidos en los zapatos. Era lo que le habían pagado por la matanza. Meoqui, el jefe del Buró, que también estuvo allí tirando, huyó y dejó el cargo que lo ocupó un capitán del Ejército.

El policía 3282

Y llegó el día en que recibí el telegrama diciendo que tenía que presentarme en la jefatura de la Policía Nacional, que estaba en Cuba y Chacón. Salí para allá y por el camino se me llenó la cabeza de preocupaciones. Trataba de adivinar qué sería de mí cuando me viera metido dentro de un uniforme azul, paseándome por aquellas calles donde había tanta violencia y donde era difícil distinguir quién era quién.

Muchas cosas pensé en el transcurso de ese corto viaje que a mí me pareció que demoró varias horas. Todo aquello que mi padre me había inculcado sobre la clase militar estaba ahora esperando por mí.

Lo que él mismo y mucha gente criticaba de aquella profesión, me iba a tocar vivirlo en carne propia. Mi padre me daba consejos, como siempre. Pero los policías de sus cuentos en lo adelante serían mis compañeros de trabajo, y yo estaría entre ellos pero no con ellos.

Me consolaba recordando aquellos versos de Nicolás Guillén dedicados a los policías y a los soldados. Aquello de

*No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo...*

y ni así me era fácil asimilar la situación.

Mi padre no lo veía tan complicado, decía que el uniforme no era lo que determinaba, lo mismo que el hábito no hacía al monje, que más allá de militancias y afiliaciones había hombres malos y hombres buenos en todas partes y no siempre ellos estaban en el lugar donde les correspondía por su calidad, sino en aquel donde los había colocado la necesidad, la suerte, la casualidad o el deber. En mi caso se daban juntas todas esas circunstancias.

No obstante, ni mi padre ni yo previmos entonces que Fulgencio Batista se convertiría en un dictador de los peores de América, y que algunos policías se convertirían en corruptos y sanguinarios, que ganaban los ascensos únicamente mediante el abuso, las torturas y los crímenes.

Por fin llegué a la jefatura, entregué el telegrama, y me senté a esperar. Unos venían, otros iban, llamaban a todo el mundo, menos a mí. Esa demora se prestó para que siguiera dándole vueltas en la cabeza a mil ideas sobre mi nueva situación. Hubo un momento en que por poco me levanto, me voy, y mando todo al Diablo. Si no lo hice, fue porque estaba de por medio el respeto al viejo.

Después de un largo rato de espera por fin un oficial me atendió, revisó mis papeles con toda su calma y con una sonrisa me mandó a presentar en el Buró de Investigaciones. Para un policía novato —me aseguró— eso representaba un privilegio. Seguramente la recomendación de Pérez Coujil había tenido algo que ver.

Podía presentarme al otro día, pero decidí hacerlo de inmediato. Cogí una guagua de la ruta 22, me bajé

en el puente de 23, y subí toda aquella inmensa escalera del Buró. Esa unidad tenía la misma forma de un castillo, hacía como un triángulo, donde la calle 32 desemboca en 33, y adentro estaba el edificio del Confidencial Uno, más o menos una unidad dentro de otra. Era un edificio imponente, aunque todavía no se había ganado la fama de tenebroso que luego le aportó la tiranía de Fulgencio Batista.

Me identifiqué en la carpeta y de inmediato me mandaron a ver al jefe de Personal, que entonces era el primer teniente Alberto Triana Calvet, un tipo chulampín, alardoso, bien parecido, vanidoso, que andaba siempre muy bien vestido y arreglado. Después de un tiempo breve fue sustituido por Alejo Garriga Rabaza.

Fui emplantillado en el Buró de Investigaciones como vigilante auxiliar. En aquella época semejante designación, la más baja en las nóminas, significaba que solo sería uno más en el personal de mantenimiento y limpieza de la unidad. Cuando me hice policía, mi situación personal cambió como de la noche a la mañana y mi destino se volvió muy imprevisible. De repente, todo lo que había imaginado que sería mi vida se fue a pique.

La disciplina militar no había estado nunca en mis planes. Para abrirme paso y subsistir había pensado en cualquier cosa menos en ponerme un uniforme, era algo que no soportaba. A pesar de ser hijo de un militar y de haberme acostumbrado a verlo como tal, no tenía yo vocación de soldado ni nada que se le pareciera. Pensaba que ya era bastante que hubiera un guardia en la familia. Sin embargo uno nunca puede decir: *De esta agua no beberé*, y el día que menos me lo

esperaba, me planté frente a un espejo y lo que vi reflejado en él, aunque no tuviera puesto el uniforme, fue a un policía. La vida me había llevado a eso. Qué digo la vida, mi padre, con la mejor de las intenciones. Y frente a ese mismo espejo donde me vi de policía, me dije: *Bueno, Mario, a echar pa'lante y que sea lo que sea.*

Me resigné a empezar por lo más simple, porque cualquier trabajo es digno, y además le veía una gran ventaja, pues como vigilante auxiliar no tendría ninguna participación en el servicio propiamente policial, no estaría obligado a andar por las calles chocando con la gente y sus problemas, o participando en la represión. No tendría nada que ver con todo aquello que tanto repudiaba.

No obstante, recibí mi arma, y mi chapa de policía, que era la 3282, y un carnet del Buró que abría muchas puertas y era más respetado y temido que el propio revólver.

Con ese carnet yo podía disminuir las demoras en las gestiones burocráticas, entrar a un cine, un teatro o a cualquier espectáculo público y no pagar, o detener una guagua a mitad de la calle y montar gratuitamente.

Algunos policías abusadores hacían cosas peores, comprobaban y se demoraban en pagar para que del otro lado del mostrador le dijeran que no debía nada. El «forrajeo» se convirtió en lo más natural de la vida del policía, miles de pesos diarios les tumbaban a los dueños de negocios, era como un impuesto no declarado. O simplemente venían por la contribución que les tocaba, o insinuaban que admitían sobornos para hacerse

de la vista gorda ante cualquier violación de las leyes. También estaban los que exigían sin miramientos ni pretextos, a cuenta de que eran la autoridad. Todo el mundo tenía que *ponerse*, el carnicero con la carne, el lunchero con el bocadito, los camioneros con la mercancía, los cigarreros ni se diga. Era una mafia vestida de azul.

«La mordida» le decía la gente a esas tramposas gestiones particulares de los policías de estaciones. Yo conocí a más de uno que vivió de esas mañas. Llegaban a un lugar, compraban, y a la hora de pagar decían:

—Esa deuda me la anotas en el hielo.

O iban a una vidriera de apuntaciones y le decían al dueño:

—Pónmele una peseta al que gane.

Y fueron ellos, y los torturadores y asesinos que engendró la dictadura, quienes hicieron que el pueblo odiara el amarillo y el azul de los uniformes.

Iban sentados en una guagua y sentían las miradas encima, disimuladas, con miedo, pero también con desprecio y hasta con odio.

Pero esos peseteros no eran los peores. Solo estaban sobreviviendo, aunque de una manera deshonesta.

Los del Buró no vestíamos de azul, en general la gente de allí se distinguía de los policías de línea, había un cierto nivel técnico, profesional, operábamos en otro ambiente. Se daba también «la mordida» pero a otros niveles y de una manera menos pública. El grupo de drogas, el de juegos y hasta el de robos eran altamente codiciados, lugares que se prestaban para sacar provecho propio, todo el mundo quería trasladarse para allí. Incluso el Departamento de Investigaciones

Correccionales, encargado de citaciones a ciudadanos que tenían juicios pendientes también entraba en el juego, porque podían hacerse de la vista gorda y no encontrar a los citados para juicios, si aquellos pagaban bien.

Por eso la gente dentro del Buró andaba detrás de una buena plaza. Yo lo que buscaba era una posición clave para hacer mi trabajo. Logré entrar a la pizarra porque el telefonista Delgado se las arregló para pasar a Juegos, ya que allí era donde se hacía más dinero.

Arriba, en las jefaturas, estaba la cosa en grande. El reparto mayor lo hacían ellos, y ahí sí era cuestión de millones, de sacos y maletas repletos de billetes, no de un par de pesetas sobre un mostrador. Nunca se va a saber cuánto dinero corrió en esos trajines ilegales de la policía. Seguramente millones.

Lo mismo que mi padre, yo nunca abusé de esas posibilidades que daba la chapa de policía. Si alguna vez hice algo aprovechándome de mi cargo, si alguna vez saqué a relucir el carnet donde no debía, seguramente fue por razones de militancia, o por defender a un revolucionario, o a un simple ciudadano víctima de un abuso.

Tuve la suerte de que nunca me marcaron, o por lo menos, nunca sospecharon de mí lo suficiente como para entramparme. La suerte fue el signo de mi entrada al Buró, ya que mi ingreso coincidió con una rifa. Al presidente Carlos Prío le dio por regalar tres casas entre los policías. Vinieron a venderme la papeleta, pero yo no había cobrado el primer salario y no tenía un centavo. Insistieron. Me la dejaron para que la pagara cuando cobrara. La casa estaba para mí.

Yo pensé que iba a ser un gasto inútil, había que estar reventado de suerte para ganar una de esas tres casas rifadas entre tanta gente, ¿qué iba a tocarme? Pero por compromiso acepté mi papeleta, y al final resultó que tenía el número dichoso.

La casa me vino muy bien, se hallaba ubicada en el reparto Parcelación Moderna. Era casi increíble que me pasara aquello, pensé que se trataba de una buena señal, pues lo que bien comenzaba, bien debía terminar. Con lo de la entrega de la vivienda hubo un acto, hasta salí en el periódico.

Antes de trabajar en la pizarra, mi trabajo en la unidad era muy sencillo, aunque también pasaba malos ratos. Había que pagar las novatadas. Yo recuerdo que un día me ordenaron que pintara la escalera principal del edificio. Le metí mano con la pintura que me había dado el jefe de Personal, puse todo mi empeño, creía que estaba haciendo la gran obra, pero cuando ya estaba terminando llegó el jefe de la Policía, que en aquel momento era el general Quirino Uría, y cuando se fijó en mi trabajo, se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—¡Pero qué es esto! ¿Un carro de leche?

Porque me habían dado pintura amarilla y con ella metí mano, el general dijo que eso no podía quedarse así y entonces tuve que empezar a pintar de nuevo, pero esta vez con gris, que era el color que le correspondía a los cuarteles.

Cubanos a Corea

Algo que se habló mucho en los pasillos del Buró fue lo de la guerra en Corea, porque a pesar de las distancias podía tocarnos participar en el conflicto. A principios de 1951 fue el empeño de mandar cubanos a pelear contra los coreanos. El gobierno dijo que tenía disponibles 162 000 hombres. Iban a destinar tres compañías completas sin contar para nada con lo que pensara el cubano, ni siquiera preguntaron qué opinaban los propios soldados que pretendían mandar de carne de cañón al frente asiático. No pocos ni siquiera sabían dónde estaba ubicada Corea.

Quirino Uría y otro general, de apellido Cabrera, viajaron a los Estados Unidos para dar cuenta de la participación de Cuba en aquella guerra. Hablaron en la Junta Interamericana de Defensa, y ofrecieron detalles de los preparativos en la Isla. Todo se estaba organizando para enviar al Batallón Cuba al Asia, pero la calle se les puso mala, todo el mundo protestó, nadie estaba dispuesto a irse a morir tan lejos sin causa alguna. Prío le cogió miedo a la reacción popular y echó para atrás. Luego decían que había sido cosa del Partido, pues se padecía de una fiebre anticomunista. En realidad sí hubo una gran campaña de los militantes comunistas, con la consigna «Cero cubanos a Corea»

y eso se cumplió por parte nuestra, pero la reacción contra la guerra fue bastante generalizada, la consigna se extendió y se popularizó. Mandaron a otros latinos, pero de Cuba no pudieron mover a nadie. Y pensar que mucho después yo estuve en Corea, pero no como soldado invasor.

Queríamos tener casa propia

¿Quién no quiere tener su techito, su casa propia? Nosotros éramos dueños de un terrenito en el reparto La Lisa, de Marianao y un día mi padre decidió que le metiéramos mano y nos fuimos todos los hermanos para allá a dar pico y pala y a empezar a levantar una casa. Mi padre ya estaba enfermo de cáncer, iba también, pero solo como inspirador sentimental, no podía hacer nada más. Nos metimos como dos años trabajando duro hasta que tuvimos la casita. Pero las finanzas andaban mal, nos metimos en una hipoteca y perdimos lo que tanto trabajo nos había dado. Nos quedamos de nuevo sin nada. Mi padre murió, en el hospital Reina Mercedes, que estaba donde hoy es Coppelia.

El funeral de mi padre

En 1951, al año de haber ingresado en el Buró, murió mi padre. Entonces vinieron del Ejército a preguntarle a mi madre si quería que le fueran prestados los honores militares a que tenía derecho, es decir, que el funeral fuera con armón tirado por caballos, bandera cubana, descarga de fusilería de salvas y guardia de honor militar. Ella les respondió:

—Puesto que se lo merece, háganle la ceremonia.

Fue tendido y velado en nuestra casa como era la costumbre en aquellos tiempos. Por cierto, que se creó en aquella sala una situación bastante contradictoria, pues mientras los soldados montaban guardia, los militantes comunistas compañeros de mi padre también estaban allí reunidos. Y como si fuera poco, mandaron una representación del Buró, a dos policías, Domingo, que era de mantenimiento, y Juanito, que trabajaba en Personal.

Yo miraba a toda aquella gente, soldados, policías y comunistas mezclados, que hasta una corona le pusieron a mi padre en nombre del Partido, y me preguntaba en qué iba a parar todo aquello. Al final fue un comunista quien se encargó de la despedida del duelo, aunque lo hizo con unas palabras muy sentidas, sin inmiscuir para nada el tema de la política.

El duelo lo despidió Rigoberto Bulnes, que era miembro del Comité Municipal del Partido, y en los últimos tiempos estuvo huyendo, muy perseguido. Después del triunfo de la Revolución fue jefe de las milicias del hotel Comodoro.

Yo estaba casi seguro de que al otro día me botaban del Buró. Pero no pasó nada, cuando Juanito y Domingo regresaron a la unidad, al parecer no contaron nada de lo que vieron y oyeron en el velorio de mi padre, y los soldados que le montaron la guardia de honor solo se ocuparon de la ceremonia, tampoco nos buscaron problemas.

Mientras pasaba los últimos momentos cerca de mi padre, pensaba en mi destino, en la ruta donde él me había colocado. Ya no podría contar con sus consejos y su experiencia de militar.

Mi escuela fue un día detrás del otro

Anteriormente había leído historias y había visto películas donde los infiltrados recibían un riguroso entrenamiento antes de ser lanzados a las misiones. Cada cosa que hacían era el producto de un análisis previo y hasta de un ejercicio. Pero yo actuaba casi por instinto.

No fui preparado para cumplir aquella misión, no recibí nunca ninguna preparación, ni pasé una escuela, ni nadie me explicó cuál debía ser el proceder de los espías. Es verdad que tampoco me exigían como a un profesional y actuaba según creía conveniente. A fin de cuentas la clandestinidad de por sí era una gran escuela en la que íbamos aprendiendo cada día y donde una nota de cero podía significar la prisión o la muerte.

Los encargados de orientarme tampoco eran expertos en espionaje. En sentido general ellos me pedían que estuviera al tanto de la vida interna en el Buró, que recorriera las celdas y observara si algún militante había caído preso, que estuviera al tanto de las conversaciones entre los oficiales para tratar de conocer si estaban detrás de alguna pista, o si tenían previsto hacer detenciones. Siguiendo esas instrucciones generales de manera cotidiana, yo me ocupaba de estar lo mejor informado posible, sin dejar notar que ese era mi interés personal.

Hacía un recorrido por los calabozos, echaba un vistazo, preguntaba *por curiosidad* cuál era la situación de un detenido, o le daba cordel a cualquiera de los oficiales que pudiera comentar sobre alguno de sus casos. Los había que no soltaban prenda, eran tumbas cerradas, y otros que por alardear, o porque eran muy habladores y confiados, se iban de lengua.

Tan pronto como me enteraba de algo importante, de inmediato escribía un informe, llamaba al enlace, coordinábamos el encuentro, y lo entregaba en el lugar donde me dijeran, que lo mismo podía ser un parque, una funeraria o una de las tantas esquinas que tiene La Habana. Preferiblemente proponía la cita en las cercanías de Marianao, donde yo vivía, y se me hacía camino. En ocasiones también daba cuenta del asunto verbalmente, lo que tenía la ventaja de hacer correcciones y ampliaciones de inmediato. Esa era mi vía preferida, porque no dejaba evidencia escrita.

Tremenda contradicción lo que yo hacía, con las palabras que estaban escritas en una de las paredes internas del Buró:

*Lo que usted oiga aquí, lo que usted vea aquí,
cuando se vaya a casa, déjelo aquí.*

Bueno, yo me dedicaba a hacer precisamente lo contrario, era lo que necesitaba el Partido.

Y no solo el Partido

A la hora de preocuparme por alguien yo no me limitaba a mis compañeros del Partido Socialista Popular. A esa hora no estaba priorizando averiguar la militancia, lo principal era la situación en que se encontrara la persona, el peligro que estuviese corriendo. Al Buró llevaron a más de un inocente que nada tenía que ver con la política. Yo mismo, que pertenecía a la Juventud Comunista siendo entonces tan joven, no tenía una ideología bien argumentada. En ocasiones ayudé a compañeros del Movimiento 26 de Julio, y a antibatistianos de otras organizaciones, e incluso a personas sin una militancia definida, a quienes socorrí en lo posible, a veces sin siquiera averiguar qué orientación ideológica seguían. Lo que estuvo muy claro para mí desde el principio, fue que había dos enemigos comunes a todos los revolucionarios: el títere dictador Fulgencio Batista, que no por títere resultaba menos peligroso, y su amo del Norte.

Yo recuerdo algunos casos, por ejemplo, Antonio, el carpeta del hotel Isla de Cuba. Al Buró llegó un chivatazo de que este hombre tenía propaganda subversiva escondida en su casa. Intercepté la llamada de un delator que no se identificó. Como eso llevaba un proceso de fichar al individuo, dar la orden de registro y

detención y salir a detenerlo, yo me adelanté y sin dar cuenta de esa llamada fui a verlo.

No nos conocíamos. A las cinco de la tarde salí vestido de civil. Llegué al hotel y le dije: *Se sabe que usted tiene propaganda escondida, si eso es verdad, vaya enseguida a su casa y desaparézcala o la pasará muy mal.* Y el hombre asustado, creyendo que era una trampa, empezó a negarlo. Después se habrá dado cuenta de que se trataba de una advertencia desinteresada, porque la pesquisa resultó negativa y el delator quedó muy mal. Luego supe que aquel hombre estuvo de carpetero en el hotel Saint John, pero no volví a verlo.

Muchos de los compromisos en los que me veía envuelto salían de mi ambiente personal, de mis relaciones. El hecho de que yo ingresara al Buró no significó que me desarraigara del barrio, ya no tenía tiempo para jugar pelota, pero sí seguía yendo al billar de Gabino, que estaba en 51 entre 156 y 158, en La Lisa. Iba allí porque era un lugar tranquilo, familiar. Ahí no se permitía la entrada del mal elemento, ni la marihuana, ni el escándalo. Yo sé que los billares tenían muy mala fama, pero este era diferente. El dueño era isleño, muy buena gente, yo llevaba a mi hijo Tony y él le daba las bolas del billar para que jugara mientras conversábamos. Y esos amigos del barrio nunca me vieron como a un esbirro.

Un día me encontraba en el bar La Lunita, como a las once de la noche, estaba conversando con algunos amigos y vimos que llegaba en su cuñita Venancio Perdigón, que era *dealer* del Hotel Nacional. Nada más hizo bajarse del carro y vinieron dos tipos para arriba de él y lo cogieron preso. Mientras uno registraba la

cuñita, el otro lo registraba a él. Se lo querían llevar con ellos. Salí enseguida, me presenté y me identifiqué:

—Qué pasa, yo soy del Buró.

—No —dice uno de ellos—, es que parece que este tipo es fidelista.

—¿Cómo que fidelista?

—Sí, ¿no ve que le dio por salir vestido con la bandera del 26?

Entonces me fijé en que Venancio tenía puesto un *jacket* rojo y negro, que eran los colores del Movimiento 26 de Julio.

—Ven acá —le dije a Venancio—, ¿tú te hiciste ese yaqui, lo teñiste, lo mandaste a hacer, o vino así de la tienda?

—No, no, esto viene así de fábrica.

—Entonces allá es donde hay que buscar al fidelista, no en La Lisa.

Y con eso los convencí y lo dejaron tranquilo.

Otro día llegué al Buró y me encontré a Aurelio metido en un calabozo. Era un amigo del barrio, me había prestado el carro cuando me casé en el 54. Fui para La Lisa, le avisé a su gente, se movieron enseguida y pudieron sacarlo ileso.

En otra ocasión un grupo de La Lisa cayó preso allí, estaban en candela, porque les ocuparon una pistola y una bomba y ya esas eran palabras mayores, terrorismo, insurrección. Tenían más armas guardadas pero por suerte el hermano de Juanito y un hermano de Véliz se las llevaron. La pistola la tenían en el negocio, dijeron que era para defenderse de los ladrones. El jefe de ese grupo era Efrén González que después fue comisionado en Marianao. Roberto, uno de los dueños del

bar La Lunita estaba entre ellos. Al otro día averigüé sobre su situación. Los habían metido en las celdas especiales, de mayor rigor, no les daban ni comida.

Lo primero que hice fue avisarle a los familiares para que empezaran a moverse rápido. Después fui a la cantina y le dije al que estaba sirviendo: *Manda comida para todo el mundo, que yo pago*. El hombre me dijo:

—¿Pero tú estás loco Laverde? ¿Dándole comida a esos bomberos?

—No —le respondí—, es que son gente conocida del barrio.

Ni así el hombre salía de su asombro. Yo me ocupé de ellos, estuve al tanto de que les llegaran los alimentos, pero parece que alguien se fue de lengua y en una de esas me cogió el teniente Rodríguez Margose y me dijo:

—Vaya, Laverde, yo no sabía que tú tenías tantos amigos revolucionarios.

Yo me reí, no podía hacer otra cosa, lo cogí como chiste.

—¡Coño, pero es que estos son terroristas!

Estaba que se lo llevaba el Diablo. Yo enseguida le argumenté que era gente conocida del barrio, de buena familia. Que con ellos había jugado pelota de muchacho, y ahora por las noches me los encontraba jugando billar en La Lisa. Si ponían bombas o no, era cosa de ellos y de la justicia, por eso los juzgarían y los condenarían, pero mientras tanto, lo menos que podía dársele a un prisionero era comida.

—¿Usted no haría igual? —le pregunté.

—Yo no —respondió encabronado Margose—, yo no tengo amigos revolucionarios.

Este caso fue en un momento crítico, me llaman, y como habían asesinado a Pomponio, que era un policía del Buró, eso me sobrecogió, sentí una presión sobre mí. Me hicieron advertencias, «con esas cosas no se juega, puede ser peligroso». Por suerte Medina no supo de esto, pues las consecuencias habrían sido otras.

No pasó nada, pero es posible que esa tarjeta me la hayan marcado.

Y esa no fue la única vez que Margose me ayudó. Un día iba yo por El Vedado junto a un inspector de la Empresa Eléctrica que era de Parcelación Moderna, en Mantilla. Nos paran y me identifico. Entonces en un bar que había en la esquina estaba un teniente y vino a ver qué pasaba. Los policías le dijeron:

—Acá es del Buró.

Después de mirarme de arriba a abajo, el tipo, que era fañoso, me dijo:

—Usted a mí no me parece policía.

—Y usted a mí no me parece teniente —le respondí.

¡Para qué fue aquello! El fañoso se voló, casi no se le entendía lo que decía. Me ubicó en el Buró y allá fue a discutirme. Y en esta ocasión también el teniente Roberto Rodríguez Margose sacó la cara por mí, y como era el ayudante de Piedra, el hombre no pudo hacer nada contra mí.

Un día sí me sacaron un susto. Cuando llegué a cubrir mi turno de pizarra, vino Medina, que no creía en nadie y me dijo:

—Allá atrás hay un Laverde preso.

Mi apellido no es de los que uno se puede encontrar todos los días. Yo enseguida pensé en mis hermanos, sobre todo en el que tenía el cargo en el Partido.

Fui directo para los calabozos con la cabeza llena de malas ideas, pensando que si me encontraba con que a mi hermano lo habían golpeado, aquello se iba a acabar a tiros. Ya yo me lo imaginaba todo desbaratado, me supuse muchísimas cosas, pero cuando llegué y no vi a nadie conocido, pregunté:

—¿Quién es Laverde aquí?

Me respondió un colombiano, que habían cogido preso por meter un cheque sin fondo, me dijo que era sobrino de Rojas Pinilla. No sé si era verdad o solo estaba tratando de impresionar. Pero a mí me dio tremendo alivio descubrir que el detenido no tenía nada que ver con mi familia. A los pocos días hicieron gestiones y lo deportaron a Colombia.

Cuando Mario López, el dirigente sindical de la ruta 30, cayó preso, me lo pasaron por delante, esposado, pues lo llevaban a fichar. Me miró y no dijo nada, pero yo lo saludé. Di el aviso enseguida. Más tarde me mandó a decir con mi hermano que no debí haberme arriesgado saludándolo. Le respondí que era para que se sintiera tranquilo.

Yo hacía cuanto podía por la gente, a riesgo de que un día me pusieran una trampa y me cogieran. Recuerdo que un mediodía vi a un barbero que había caído preso y lo mantenían ahí sin hacerle juicio, y un policía lo trajo con una latica a buscar agua y lo dejó ahí solo, y como ya yo me había interesado por él me dijo muy contento que esa noche lo iban a soltar. Yo lo previne, le advertí que tuviera mucho cuidado con eso, que tratara de salir de día, pues aquellas libertades nocturnas a veces tenían otro destino.

Antes del atentado contra el coronel Blanco Rico en el Montmartre, allí estuvo preso Fructuoso Rodríguez,

que era de un carácter muy alegre. Y en el Buró también estuvo preso José Llanuza, y había un policía negrito que lo ayudaba, lo sacaba a afeitarse, trataba de hacerle más llevadera la prisión, y cuando cayó Batista, Llanuza lo buscó agradecido y se lo llevó a trabajar con él.

Hay personas que pueden dar fe de lo que digo. Por mi barrio andaban todavía hasta hace poco, Roberto, Juan y Francisco Pérez, Oropesa, Pepe el Ferretero, un tal Santa Clara, un carpintero de La Lisa, todos gente del Movimiento 26 de Julio, del Grupo de Acción y Sabotaje que cayeron presos en el Buró y en ese trance pudieron contar con mi solidaridad.

Tan pronto supe que los habían traído allí, me moví por ellos, avisé a los parientes, a los amigos, hice todo lo que pude para protegerlos. Hasta por una cuestión de humanitarismo, si yo veía que alguien llegaba con problemas y podía ayudarlo en algo, no lo pensaba dos veces. Bastaba con avisar que alguien estaba tras las rejas, para hacer algo por su vida. De esa manera se hacía más difícil que fuera asesinado, pues luego no podrían negar que lo tuvieron preso en el Buró. Precisamente cuando un revolucionario era detenido, el primer paso para luchar por su vida era dar ese aviso. Dar a conocer que estaba allí, vivo. Muchas veces tuve que ver con esa parte de las historias. Eso conllevaba el riesgo de que un día me pusieran una trampa. Yo no podía descartar que en cualquier momento me llamaran para un careo con un provocador que me vendiera.

Yo estaba bien consciente de los riesgos que entrañaba el hecho de permanecer infiltrado dentro de uno de los más temidos cuerpos represivos de la tiranía batistiana. La palabra *Buró* era de las que más feo

sonaba en el idioma de aquellos tiempos de terror. Sabía que si cometía un error y era descubierto, me esperaban los más terribles suplicios y al final, como no iba a vender a mis compañeros, seguramente sería ejecutado al estilo de la policía batistiana, sin previo juicio. Pero al margen de todos los temores, sentía que era mi deber, y que tenía la ocasión de cumplirlo, y eso bastaba. Yo no dudo que en alguna ocasión hayan pensado en aplicarme una medida fuerte para comprobar mi fidelidad al régimen, pero se aguantaban porque a fin de cuentas yo había llegado allí bien recomendado.

En la pizarra

Fue en los meses anteriores al golpe de Batista, cuando aprendí a trabajar en la pizarra telefónica. Delgado pasó a Juegos y dejó la plaza. La pizarra estaba situada frente a la carpeta y era un punto clave para los objetivos que me habían indicado en el Partido. Cuando se lo comenté a mi enlace me dijo:

—Ni lo pienses dos veces, agarra eso, que nos conviene.

A partir de entonces tendría en mis manos la encrucijada de una buena parte de las comunicaciones de la unidad.

Y tal como esperaba sucedió. Todos los días pasaban por mis oídos toda clase de mensajes, telefonemas, citaciones, recados, las denuncias, la gente que llamaba para convertirse en informantes voluntarios, y también me ocupaban con frecuencia de los asuntos personales más variados, incluyendo encargos muy delicados, relacionados con problemas familiares y personales.

Lo mismo ocurría cuando se trataba de las relaciones extramaritales de algún oficial, lo que me ponía irremediabilmente en un plano de complicidad que era muy apreciado y a menudo recompensado.

Desde la pizarra, viendo discurrir la vida de la unidad, de lo único que no podía quejarme era de aburrimiento. Se me iba el tiempo como nada, de llamada en llamada, de recado en recado. De todo caía, lo mismo el recado de la querida de un oficial, que la cita de un oficial, que alguien que estaba loco por meter un chivatazo. Un día más complicado que otro, me pasaba la guardia oyendo de todo, y tomando nota mentalmente de aquello que pudiera servir para mis objetivos. Constantemente se estaba produciendo la posibilidad de enterarme de algo, tanto en las llamadas de entrada como en las de salida, como en el propio ambiente que rodeaba la carpeta, la pizarra telefónica, el lobby, porque allí todo el mundo iba a parar. El secreto y el éter no compaginaban, y ellos estaban conscientes de eso, lo mejor no lo soltaban por el teléfono, sino que hablaban a media lengua, pero siempre la pizarra resultaba una posición clave.

Había muchos asuntos importantes que se me escapaban, porque se cocinaban puertas adentro de la jefatura principal y la de los diferentes grupos, pues cada uno tenía sus secretos y había cosas que solo se ventilaban del jefe para arriba y ni entre los principales matones se conocían los detalles. Los jefes tenían teléfono directo, lo más importante iba y venía sin pasar por la pizarra, nunca el coronel Piedra ni Medina ni los demás jefes salieron a conversar por la pizarra, solo los jefes de secciones en algunos casos recibían llamadas operativas y lógicamente se medían para decir ciertas cosas.

También solía suceder que algunos operativos muy importantes eran tratados con una gran compar-

timentación, y no dejaban que participara tanta gente. Por ese motivo había detenidos que eran conducidos por detrás de la unidad, interrogados en las celdas especiales y a ninguno lo pasaban por la puerta principal. De muchos casos de detenciones no me enteré porque los manejaron en el Confidencial Uno con suma discreción.

Pero inevitablemente, en cierto grado, el teléfono significaba una fuga de informaciones, una diversidad de chismes y datos a los que yo tenía acceso de manera completamente justificada.

Si lamentablemente no aproveché mejor esta situación, fue porque lo hice sin las ventajas que da un entrenamiento adecuado o un alto nivel de escolaridad o una orientación más acertada sobre objetivos determinados, porque los que me dirigían tampoco tenían ese tipo de entrenamiento, sino que iban «al trozo» a lo que cayera, casi por instinto, por lo que muchas cosas se quedaban fuera. Y yo tal vez no supe ver todo lo que debía.

Es que a los veintipico de años el mundo se ve de una manera muy simple y estrecha. Uno se cree que se las sabe todas y resulta que la vida se encarga de desmentirnos.

Es el cuento ese imposible de que si lo volviera a vivir lo haría mejor y de otra manera. Quién sabe. Tal vez así me daría cuenta de muchas más cosas y sería más útil en mi tarea, pero lo vivido, vivido está, ya nadie puede cambiarlo, y eso es lo que cuento ahora.

No obstante hubo un saldo, pude cumplir esa misión y mantener al Partido al tanto de muchos de los movimientos de ese cuerpo represivo, su estructura,

sus métodos, sus comunicaciones, sus interioridades, chismes, gente que se identificaba como enemiga al ir allí, y algunas cuestiones que se necesitaba saber en momentos determinados.

A veces, por ejemplo, la jefatura mandaba a todas las unidades de policía un telefonema circular con alguna nueva orden y si ese día yo estaba de guardia me enteraba antes de que saliera a la calle, porque obligatoriamente era el primer destinatario. Pero se me escapaban muchas cosas, como la papelería diaria, los «pliegos» que repartía personalmente un viejo español por las unidades. Además, el Buró tenía cierta autonomía que lo colocaba al margen del sistema de información de la Policía en general.

Al quedarme como telefonista de la pizarra, también recibí beneficios personales, elevé mi categoría, dejé de ser policía auxiliar para convertirme en efectivo, me subieron el salario de setenta y dos pesos a ciento nueve y me entregaron la chapa 2167, que llevé después durante diez años, incluyendo los siete de la tiranía.

También al pasar a ser policía regular me coloqué en una situación muy privilegiada respecto a la misión encomendada, pues aumentaba mis posibilidades de enterarme de las cosas, me relacionaba más con los problemas de la unidad no solo por mi condición de operario de la pizarra, sino como miembro de la institución.

En resumen, yo estaba constantemente recibiendo datos que me entraban por la conocida como *vía 500*, pero además, allí donde estaba situada la pizarra llegaba todo el mundo a conversar, era la antesala, por ahí pasaban muchos de los detenidos, algunos chivatos,

los políticos, los militares de otros cuerpos, los amigos de los jefes, personajes que venían a congraciarse. Se detenían a saludar a un conocido, a preguntar por alguien y mientras esperaban, se ponían a comentar la misión que acababan de cumplir, el recado que querían dar o la última noticia interna conocida.

Se paraba un tipo y te la soltaba allí mismo: *No, es que yo vine a ver al coronel porque pasa esto o lo otro, o Mira chico, me enteré de tal cosa que está sucediendo*. Por alarde, por vanidad, por creerse mejores que los demás, soltaban la lengua y allí mismo estaba yo captando.

Conmigo alternaba los turnos otro telefonista que se llamaba Zayas Amarillas, y entonces el chiste de los jodedores era aquello de que la pizarra estaba de «amarillo y verde», burlándose de nuestros apellidos. Había otro que me decía Lamadura. El sargento de carpeta Luis Bocanegra, Sotero González, Juan Domenech y Mario Valdés Vargas eran los carpetas con los que alternaba mis guardias.

Lo más difícil para mí era tratar de conocer lo que se movía cerca del jefe de la unidad, y los jefes de cada frente, porque esos casi siempre cocinaban sus cosas a otro nivel. Había compartimentación, no solo por la disciplina del trabajo sino por el celo profesional de anotarse el caso.

El coronel Piedra rara vez usaba el uniforme militar, siempre andaba de traje, dril 100 en verano, oscuro en invierno, siempre de cuello y corbata. Sus relaciones con la alta jerarquía eran frecuentes, pero eso sucedía en otros lugares, a veces solo nos enterábamos por la prensa, en la crónica social o en los partes de la

policía cuando había una ocupación de armas o se presentaban unos detenidos confesos.

Una vez Batista estuvo en el Buró, se paró ahí mismo frente a mí, me saludó, y subió enseguida con toda la escolta detrás a ver al coronel Piedra; creo que el motivo de su visita eran unas armas que habían ocupado, un cargamento importante, y venía a echarle un vistazo. Enseguida un fotógrafo salió a tirar unas planchas.

El Buró en la calle

Ya cuando la situación se complicó, que todas las noches explotaban bombas en La Habana, nos cogieron para reforzar a la policía de línea y no me quedó otro remedio que salir a la calle, me tocaron algunos servicios como el de cuidar los paseos de los carnavales, las urnas de los colegios en las elecciones o hacer recorridos por los barrios de la ciudad.

A veces teníamos que salir a la calle a patrullar, nos daban cinco o seis cuadras, nos soltaban allí y nos decían:

—En este pedacito no puede pasar nada, vigilante.

Al que se viera poniendo un petardo la orden era tirarle a matar sin ninguna contemplación. Para eso estaban suspendidas las garantías constitucionales.

Un día me tocaba patrullar por la calle San Rafael y cuando pasé por frente al cine Rex al ver la cartelera no pude evitar la tentación de entrar y sentarme a disfrutar de los documentales y olvidarme de lo que pasaba en la calle. Ahí se me fue el tiempo sin darme cuenta, cuando vine a ver se apareció el jefe de grupo, Montelongo, y me cogió mansito:

— ¡Vaya, caraj! Así que el mundo se acaba allá afuera y usted aquí sentado viendo películas.

Pero no pasó nada, porque casualmente ese oficial era uno de los que yo le controlaba la querida por la pizarra. Me echó un responso, pero no salió de ahí. Tenía conmigo una deuda de discreción y me pagó con la misma moneda.

Otra misión en la que participaba el Buró era la recogida de los homosexuales. En eso participaban los policías de las distintas unidades. Sucedió todos los sábados. Cada estación de policía salía a cazarlos por toda La Habana. Me tocó ver aquello. Hacían un recorrido buscándolos. Luego la jaula del Buró los llevaba para la unidad.

No eran procesados ni acusados, era una simple operación de hostigamiento. Que supieran que su actitud tenía un precio. Se llenaba la unidad con aquella gente. Por lo general aceptaban el abuso de poder, ellos no estaban cometiendo ningún delito, pero se resignaban a recibir ese trato, ese rechazo. Y era una de las pocas cosas de la Policía que la gente veía bien, porque en aquellos tiempos al homosexual se le consideraba como una gente inmoral, depravada, socialmente inferior y por eso, cuando llegaban a la unidad, con el fin de humillarlos y algo así como ponerlos en su lugar, los ponían a hacer trabajos menores, a limpiar la unidad, los servicios sanitarios, barrer, botar la basura, y al otro día, como no había una radicación para juzgarlos, después de un responso los soltaban, pero volvían a caer en lo mismo, y el próximo sábado volvían a ser recogidos. A los homosexuales se les hostigaba más que a las prostitutas. Cuando una de ellas, descarriada, llegaba a la unidad por cualquier denuncia que le hacían, se le exigía el pago de una fianza y a la calle.

Sin embargo, de manera contradictoria, por los años 50 hubo un homosexual trabajando dentro del Buró. Hasta tenía un cuarto al costado del museo y se dedicaba a hacer mandados, limpiar y otras tareas menores. Era una gente de toda la confianza de la jefatura, le decían Titina y permaneció allí casi hasta el final de la tiranía. Había sido carterista de mano fina, al parecer lo controlaron metiéndolo a pupilo en la unidad. Era tan hábil en su «profesión» que una vez, jugando, me sacó el carnet del bolsillo sin que me diera cuenta.

Titina no fue el único homosexual en el Buró. En homicidios estaba el cabo Martínez, que era un buen investigador. Procedía de una familia acomodada de Pinar del Río. Cada vez que me veía me recomendaba que me trasladara para Homicidios, trataba de interesarme en el tema, pero con una voz que rajaba paredes, y sin embargo un amigo me dio el aviso de que el tipo era flojito. Tenía razón mi amigo, lo pude comprobar un domingo que estaba yo en La Lisa y él pasaba por ahí porque era muy amigo de Quirino Uría que tenía una finca por esa ruta, y Martínez venía en la guagua y al verme se bajó, me invitó a tomar café y ahí mismo me metió el disparo a boca de jarro y por supuesto le dije que yo no me dedicaba a eso.

El personal del Buró

Tengo que decir, en honor a la verdad, que en el Buró había de todo: militares de vergüenza, profesionales decentes, cuidadosos de ciertos principios, personas que se ganaban la vida como policías lo mismo que se la hubieran ganado como carpinteros o albañiles, personas que no se sentían bien dentro de aquello, que a veces era notorio que repudiaban los excesos del régimen, y también había abusadores y corruptos, capaces de cometer los crímenes más monstruosos.

Los peores elementos estaban en el grupo propiamente represivo, que era el Confidencial Uno, o simplemente C-1. Los carros que usaban eran Buicks Impala.

Cuando ingresé en el Buró, el jefe era el primer teniente del ejército Sigfredo Díaz Biart, quien se mantuvo en su cargo casi hasta el golpe del 10 de marzo de 1952. Este oficial, que era de la clase acomodada y furibundo anticomunista, se apareció después del 1 de enero de 1959 en una playa cubana. Desembarcó para pelear contra Batista, dijo, pero ya era demasiado tarde. En el C-1 o Confidencial estuvieron el capitán Juan Castellanos, después Antolín Falcón; le siguió Mariano Faget y finalmente, el comandante Ricardo Medina Barrios, que gozaba de la fama de haber venido

del exilio en los Estados Unidos cuando Batista se metió en Columbia.

Un personaje célebre en el Buró fue Mariano Faget. Por teléfono era una dama. Un oficial que se las daba de especialista en anticomunismo, tenía sus propios controles y archivos, pero no era más que un fanático. Después pasó para el BRAC, lo mismo que Pérez Coujil.

Otro grupo mezclado a la represión porque la apoyaba con la aplicación de la técnica era el C-3, que se dedicaba a intervenir los teléfonos de aquellas personas consideradas sospechosas.

El jefe de esta especialidad de las escuchas era un hombre bajito, el teniente Piniella, hermano del famoso locutor de la radio y la televisión Germán Pinelli. El chequeo telefónico era selectivo y se hacía desde la misma planta y no desde el Buró. Después entró de jefe un abogado de apellido Mazorra, un mulato ostentoso y vanidoso al que llevaron hasta primer teniente.

Homicidios, ya la palabra lo dice, era el grupo que se dedicaba a investigar los crímenes que no estaban relacionados con la represión. Se dieron casos interesantes y a veces aparecían en la prensa, con gran despliegue, la famosa crónica roja, donde se reflejaba con elogios a los agentes y a los jefes del Buró que habían hallado la solución del caso. Así sobresalieron Montelongo, Rodríguez Melgoza y otros. En Homicidios fue jefe Porfirio Murrieta y el último, Montelongo.

Uno de los casos más sonados atendidos por ese equipo fue el asesinato de Novalín, un comerciante radicado por Carlos III. Era un expediente difícil, en la investigación se destacó el teniente Montelongo.

En el Buró había un grupo dedicado a los tribunales correccionales, un servicio que se prestaba al poder judicial.

Los narcóticos también eran una especialidad de mucha acción. El teniente Macagüero fue uno de los últimos jefes del Grupo de Drogas. Los chinos eran unos que daban mucho quehacer. Usaban con bastante frecuencia el opio, también se inyectaban la morfina, circulaban los pomos de cocaína. Lo más corriente era la mariguana, en eso entraban hasta policías. Yo una vez quemé un poco para saber qué olor tenía y poder reconocerla. Era muy característico, nunca se me olvidó.

En Drogas estuvo Amado Ivonet, un oriental que se jactaba de ser nieto de un general mambí, pero se comportaba como todo lo contrario, era delincuente, yerbero, un bufón que trataba de ganarse a Piedra con sus payaserías y terminaba siendo un ser despreciable.

El consumo de drogas abarcaba a una parte importante de la sociedad, no por su extensión sino por su alcurnia, se consumía en lugares insospechados de La Habana, en fiestas selectas y hasta en los altos niveles del Estado había adictos, pero de esos nunca se ocupaba la policía. En aquella época la mariguana se sembraba donde quiera, en una maceta bajo techo, en un balcón, en cualquier azotea. Las maticas aparecían en los lugares menos pensados.

Al frente del grupo de Robos estaba el teniente Carlos Valdés, que era bajito y caminaba medio zambo. Tenía alma de policía, por su eficacia y constancia se apuntó varios casos importantes, como el de unos ladrones célebres de cajas de caudales.

Esa gente nunca dejaba rastro, no había por dónde cogerlos, ya iban por más de diez golpes cuando Carlos Valdés pudo llegar a ellos. Otro expediente relevante fue el de la falsificación de monedas. La Habana se llenó de falsas pesetas «de plata». Un delito que se daba mucho era el de las reproducciones de monedas, de billetes, de cheques viajeros.

Una vez se capturó a toda una red internacional de falsificadores de cheques viajeros. A menudo los agentes del Buró daban con traficantes internacionales que entraban a Cuba con el pretexto del turismo. Se hacían coordinaciones internacionales. Algunos investigadores llegaron a tener cierta fama profesional.

Hubo policías que en otras circunstancias habrían tenido un futuro profesional envidiable. Oficiales inteligentes, buenos investigadores, pero que tuvieron la mala pata de ir a servir a un gobierno tan corrompido, y compartir con ellos una fea etapa de la historia del país, y en ese trance, el que no mató la vaca, la ayudó a coger, y el que no, vio cómo la mataban y se quedó callado.

Un policía muy célebre en Robos fue «La Sombra». El apodo se lo pusieron los propios delincuentes, porque se les aparecía donde menos lo esperaban y siempre estaba detrás de ellos. Era un individuo de mucha experiencia y con gran olfato, muy conocedor del ambiente delictivo habanero.

El número 100, Vicente Jover, fue un policía de mucha memoria y mucho control sobre la delincuencia, también se destacaba en el grupo de Robos, lo mismo que San Román, un policía bajito que trabajaba mucho y vivía por el Café Raúl, en Marianao.

Un caso del que se habló bastante, operado por este grupo, fue el del famoso falsificador conocido como El Águila Negra, que fabricaba billetes de a uno y era muy buscado, incluso en el extranjero.

Yo conocí a un escalador increíble, de apellido Palenzuela, que estuvo preso allí y que había cometido robos en lugares aparentemente inaccesibles. Ese sí era un *ninja*, parecía una mosca trepando por las paredes de los edificios. Un día fui a su calabozo para conocerlo, ya que tanto se hablaba de él y por curiosidad le pregunté por qué arriesgaba su vida si había diversos *modus operandi* mucho más fáciles de ejecutar. Me dijo que lo que hacía lo disfrutaba más que si se tratara de un simple y vulgar acto de raterismo. Me di cuenta de que además de ladrón vivía sus hazañas de manera muy especial.

—Usted sabe que está haciendo algo que otras personas no son capaces de hacer —me dijo.

También tenía su «filosofía» al actuar, por ejemplo, al elegir dónde iba a dar el golpe, tenía en cuenta qué clase de gente sería perjudicada. Se metía en las casas donde había qué robar. Sobre eso me dijo:

—Yo voy a donde hay. A las casas de los ricos en Miramar. Yo no tengo corazón para subirme a una guagua y sacarle la cartera del bolsillo a un infeliz trabajador que lleva unos pesitos para la comida de su familia. Tampoco choteo mi profesión metiéndome en los patios para robar camisetas de una tendidera. Prefiero jugarme la vida en las alturas y meterme a donde nadie me espera.

Dio mucho que hablar, golpes importantes y sus hazañas eran asombrosas.

—¿Y qué coño tú has hecho con tanto dinero? —quise saber.

—Vivir la vida —fue lo único que dijo—. Y jugarme el dinero en las carreras de caballos.

Después oí decir que había muerto en la cárcel. Todo indica que chantajeado por la propia policía, pues tenía muchas causas, se convirtió en informante y en consecuencia, los mismos delincuentes le ajustaron cuentas.

En Robos había mucho trabajo. Allí la gente siempre andaba corriendo. Un delito que se perseguía de manera permanente era el del carterismo. Los oficiales de Robos tenían un control de todos esos elementos, sus alias, cómo y dónde operaban. Lo mismo pasaba con los «jamoneros» que compraban productos del robo.

Un día carterearon a un oficial de la Marina que era amigo de los hermanos Prío. El hombre vino a quejarse a Diez Biart, el jefe del Buró, y este llamó enseguida al Jefe de Robos, Carlos Valdés, y le contó el asunto. Carlos le dijo:

—No se preocupe, eso lo resuelvo yo enseguida.

Convocó a todos los carteristas de La Habana, los mandó a coger, y cuando se vieron allá adentro se dieron cuenta de que algo raro estaba pasando.

El Jefe de Robos se los explicó: era un problema muy sencillo; se había perdido la cartera de un oficial de la Marina, y tenía que aparecer, pronto y con todo lo que tenía adentro. Ellos mismos delegaron en dos de los carteristas que se comprometieron en que en dos horas daban con la verdad. Y así fue, antes de ese plazo ya estaba todo allí, hasta el último centavo y el último papel del marino cartereado.

Yo llegué a conocer a un carterista con pasaporte, se iba a Madrid y estaba un rato por allá dando golpes, y un amigo suyo se iba a lo mismo a Venezuela. Se me ocurrió preguntarle cuál había sido su golpe más sensacional. Se acordó de un hombre con traje de dril cien que llegó a un banco y le dieron un sobre con dinero que echó en su maletín. Me contó que cuando el tipo puso su mano en la manilla de la puerta, le tumbó el sobre que tenía cinco mil pesos. No me quiso contar cómo lo había hecho, solo me dijo: *Nada, en el paso de la puerta lo tumbé.*

Hubo casos muy sonados de asaltos a bancos. En Güines cuatro asaltantes encerraron en los servicios sanitarios al personal del Banco Agrícola e Industrial, creyendo que iban a encontrar más de medio millón guardados en la caja fuerte, pero estaban mal informados. De todas maneras, ya que se encontraban allí, se llevaron más de 22 000 pesos, que entonces era bastante dinero. Trataron de salir del país, pero los cogieron escondidos en la costa de Surgidero de Batabanó, ya listos para huir hacia Yucatán.

En 1951 hubo un caso de asalto de banco, pero esta vez fue en medio de La Habana, en la calle 42, en el Continental. Del Buró salió un carro a hacer ese servicio. Llegaron allí justamente cuando los asaltantes salían después de haber cometido el robo. Se formó una balacera. El jefe del carro del Buró, el cabo Enrique Mulet, fue muerto por el primer disparo de los asaltantes. No tuvo tiempo de nada. Cuando se producía el robo y se activó la alarma, del Buró, que es a un pasito de distancia, mandaron a Mulet en un carro. Pasaron el puente, doblaron por La Verbena y ahí a la derecha estaba el banco. Llegó cuando los asaltantes

salían. Otro policía que no era del Buró, Alfonso Rodríguez, también resultó muerto, de cuatro balazos, pero desde el suelo, ya herido de muerte, mató al asaltante, que también era policía, pero del Gobierno Provincial. Otros dos policías resultaron heridos. Batista estuvo presente en el funeral de los caídos y despidió el duelo.

El Grupo de Juegos era muy importante. Un hermano de Salas Cañizares, no recuerdo si Tino o Carlos —los dos eran mis vecinos por los años 40 en el reparto Hornos— estaba al frente de esa especialidad que daba mucho dinero a distintos niveles. El tristemente célebre Rafael, que estaba en lo del golpe con Batista, fue quien los metió en la Policía. Todo el mundo se mojaba, hasta el presidente cogía su parte. Había que ver la plata que se movía en todo eso, no solamente en los grandes casinos de los hoteles donde estaba metida la mafia americana y ganaban el dinero por sacos, sino en las vidrieras de apuntaciones que había en toda la Isla, la bolita, la charada. Eso sumaba grandes recaudaciones porque eran como diez bancos y unas dos mil vidrieras diseminadas por las demarcaciones, y la policía se quedaba con una buena parte, no precisamente para sus fondos institucionales, sino para los bolsillos de los jefes, empezando por el propio Batista, que a cambio permitía una política de hacerse de la vista gorda.

Además de las jefaturas de los diferentes grupos, había otras oficinas allí dentro del Buró, como la del sargento Francisco Muñoz, que se encargaba de la secretaría. Era oriental, de toda la confianza, le decían Celaje. Era un viejo encorvado de unos 60 años, que

tenía la encomienda de ordenar el reparto de los pliegos, es decir, la correspondencia oficial. Y también existía el archivo confidencial.

Joaquín Tasis era un sargento al que usaban de guardaespaldas de artistas y de personajes célebres, porque tenía buena presencia, facilidad de palabra y siempre andaba de cuello y corbata. Era santiaguero, de buen carácter, se sabía relacionar y caía bien, lo que se decía entonces, un tipo chévere. Tasis fue el guardaespaldas de Sarita Montiel cuando ella vino contratada a cantar a La Habana. Y no solo se dedicaba a la farándula. Lo llamaban también para los casos especiales. Era de toda la confianza, salía con los hijos de Batista, los acompañaba cuando viajaban al extranjero. Con uno de ellos recorrió media Europa. Cuando Batista huyó se lo llevó con él, pero después quiso regresar y no tuvo problemas, porque no debía crímenes. No sé ahora por dónde andará.

Otro que fue del Confidencial, Tellería, también regresó, porque no tenía delitos y su hija estaba metida en la insurrección. Luego yo me lo encontré en un trabajo voluntario.

El hombre que mató a Benito Remedios

En el Buró también conocí a Carlos Gutiérrez Ferrer, un personaje histórico, el policía de tránsito 6363 que mató a Benito Remedios en enero de 1952. Al principio no quería hablar del asunto. Cuando cogió confianza conmigo me contó cómo había sido el incidente.

Me dijo que estaba cuidando el tránsito y que llegó un carro y lo parquearon en un lugar donde no era permitido. Él fue a cumplir con su deber, le metió una multa al que estaba al timón. Cuando Remedios regresó al carro y su chofer lo puso al corriente, se indignó tanto que le fue para arriba a Carlos para golpearlo.

Remedios tenía fama de ser un tipo muy difícil, guapetón, pero Gutiérrez no se le quedaba atrás. Remedios era corpulento, fuerte, le llegó con muy mala forma, Gutiérrez sabía que palo a palo perdía la pelea, así que para emparejarla a su modo sacó su revólver Colt y se lo vació encima. Hasta un tiro en un ojo le dio.

Aquello fue tremendo, Remedios era un tipo muy poderoso, tenía muchas influencias, y aunque era evidente que la razón estaba de parte del policía, y así se conocía a nivel de la calle, y la gente se solidarizó con el policía, sabiendo que Remedios no era más que un engreído abusador, Gutiérrez fue a cumplir a la cárcel,

pero al año y medio le revisaron la causa, y no solo ordenaron su libertad, sino que le pagaron todo el dinero que había dejado de ganar y lo restituyeron en su cargo de policía de la Motorizada. Sin embargo Gutiérrez vivía con el temor de que lo mataran por venganza. Una vez me dijo:

—Yo sé que me están cazando.

Al Buró llegó trasladado cuando tuvo un problema con Martín Pérez. El jefe de la Motorizada le faltó al respeto delante del público y Gutiérrez se paró en atención disciplinadamente, soportó la descarga porque estaba en la calle, pero después se le coló como un ciclón en el despacho y le dijo:

—Como subordinado, me contuve, pero ahora de hombre a hombre le digo que si me vuelve a faltar el respeto nos matamos aquí mismo.

Martín Pérez le cogió tanto miedo que enseguida lo trasladó de la Motorizada, y así fue como vino a parar al Buró, arrastrando toda esa fama. Era una gente muy medida, de origen campesino, y no fue destacado en ninguno de los grupos, sino en la guarnición, de manera que lo suyo era hacer guardia en la unidad. Cuando Batista huyó él se quedó en Cuba, yo llegué a verlo vestido de civil, por la curva de la Ceiba, en Marianao.

El golpe

El día del golpe de estado del 10 de marzo yo me había levantado temprano para irme a trabajar al Buró, donde todavía realizaba labores de mantenimiento. Cuando andaba por la calle empecé a oír sirenas, perseguidoras de un lado a otro, me di cuenta de que estaba ocurriendo algo fuera de lo normal. Cogí una guagua y ya oí que la gente andaba secreteándose, le pregunté a uno y me dijo: *No, compadre, es que Batista se metió en Columbia.*

Cuando llegué a la unidad había un tremendo corre-corre. El que estaba de jefe del Buró entonces, el capitán Perdomo, del Ejército, no esperó a que lo botaran, él mismo recogió sus cosas y se fue, y con él, un familiar que tenía trabajando allí, y todos sus colaboradores cercanos.

En el Confidencial dejó el cargo Juan Castellanos, que fue trasladado a la 19 Estación de policía. Asumió el mando Antolín Falcón, luego le siguió Faget y finalmente Medina, que se fue con Batista el día primero de enero. Y en cuanto a la jefatura del Buró, Martín Pérez estuvo unos pocos días, seguidamente Victoriano Díaz, que fracasó pronto porque no era una gente represiva. Pasó a ser jefe de los Servicios Secretos de Palacio y fue sucedido por Armando Suárez Suquet,

un oficial que después cometió crímenes y a la caída de la dictadura fue fusilado por su proceder en la Sierra Maestra. A Suárez Suquet, lo sustituyó Orlando Piedra Negueruela. Después del golpe de 1952, según mi parecer, el mejor jefe que tuvo el Buró fue Victoriano Díaz, ya que era un oficial con ciertos principios, pero probablemente por eso mismo fue que lo sacaron. Me enteré de que vivía cerca de mi casa en La Lisa, modestamente. Era tratable. En una ocasión salimos a pie del Buró, en la calle tomamos café, y entonces me dijo:

—No pagues, que yo gano mas que tú.

Luego lo sancionaron a 20 años por sus responsabilidades con el 10 de marzo.

Martín Pérez era un sanguinario, y para colmo, tenía una carencia casi total de cultura. No pudo con el Buró, y lo mandaron para la Motorizada. En febrero de 1952 tuvo un problema de sangre. Fue durante un atentado que le hicieron a Rolando Masferrer.² Martín Pérez entonces era sargento, mató a uno de los agresores, a Emilio Grillo, un *gangster* conocido por «Pistolita», se batió a tiros con él en medio del Paseo de Martí. Como Rolando Masferrer era Senador de la República y tenía inmunidad parlamentaria, se echó encima la responsabilidad y Martín Pérez terminó siendo ascendido de sargento a teniente. Hasta el grado de sargento me estuvo tratando, ya después puso distancia entre nosotros.

Después del golpe del 10 de marzo, la situación cambió mucho en el Buró. Batista colocó allí a su gente de

² Congresista y jefe de una banda paramilitar conocida como «Los Tigres de Masferrer».

confianza y recompensó a quienes lo habían ayudado a llegar al poder. Tan pronto como se metió en Colombia, empezó a repartir nombramientos. A Antolín Falcón, que era de toda su confianza, lo situó al frente de la unidad. Era un mulato achinado.

Otro de los favorecidos por Batista en el Buró fue Roberto Rodríguez Margoza, a quien ascendió a primer teniente. Después lo nombraron ayudante del coronel Orlando Piedra y finalmente fue promovido a segundo jefe del C-1.

Rafael Sarmientos era mecanógrafo en la carpeta y como estaba en el secreto del golpe, también fue ascendido a primer teniente y nombrado en la jefatura de un equipo del C-1.

En resumen, después del 10 de marzo de 1952 el Buró se llenó de caras nuevas. Muchos de ellos estaban recién llegados de Miami. Recuerdo al propio Falcón, a Bencomo, a Ricardo Medina Barrios y a otros que ostentaban un poco esa fama de ser los amigos exiliados de Batista, y fueron ellos quienes ocuparon muchas de las jefaturas, no solo en el Buró, sino en todas las dependencias de las Fuerzas Armadas y de la Policía. Esa era la gente que tenía la sartén por el mango. Mariano Faget fue un personaje de aquellos días.

Los pandilleros se visten de azul

Al principio de la llegada de Batista daba la impresión de que realmente habría un cambio, un adecentamiento. Se hacían redadas contra los *gangsters*, los mafiosos de los casinos, los traficantes de drogas, todas aquellas lacras que se le achacaban a los gobiernos auténticos de Prío y Grau, y se notaba cierta voluntad de acabar con ellos, pero lo que en la práctica sucedió fue que Batista dismanteló todo aquello para montar su propio aparato, y lo peor fue que mientras proclamaba que había terminado con el pistolero, los crímenes y las luchas en las calles, la fuerza pública monopolizaba el ejercicio de la violencia y el terror. Las bandas y los pistoleros famosos de entonces, como Policarpo Soler, el Colorao, el Guajiro Salgado, el Italianito y otros, dieron paso a la represión al estilo de Esteban Ventura, Pilar García, Conrado Carratalá, Julio Stelio Laurent y otros que resultaron mucho peor que aquellos.

Fue una guerra muy sangrienta en la que participaron también los policías del Buró. El Italianito, que era un pistolero de fama, murió en la calle Zapata, por la bala de un subordinado directo del coronel Orlando Piedra. Eso le valió el ascenso a teniente al secuaz de Piedra, aunque le costó su precio, porque salió herido en el brazo. El Italianito se batió duro

con los policías, pero al saltar una azotea, Luis Abreu, el escolta del coronel Piedra, lo mató de un balazo y heredó esa fama. Luego nadie le decía Luis Abreu, sino el teniente Zapata. El Italianito era un *gangster* famoso, guapo, joven. Yo lo conocí cuando estuvo preso en el Buró poco antes de su muerte. Le traje un desayuno, me lo quería pagar pero no se lo acepté.

Su matador, Luis Abreu, también estuvo en la balacera del reparto Martí, donde cayeron Manuel Salgado Rebollo, conocido por el Guajiro Salgado y otros pandilleros. Allí cayó Fleytas acribillado a balazos. Fleytas y Abreu eran amigos, habían sido compañeros en el ejército, pero la vida los enfrentó de esa manera. Fleytas, desesperado, le decía: *¡Sálvame!*, pero ya no tenía salvación. Por los años 40 Fleytas fue uno de los soldados que ingresaron en el ejército por un sueldo muy bajo y le llamaban «los petroleros».

Y sucedían esas cosas dramáticas; el Buró salvó la vida a Luis Díaz y a Salvador Hernández Garrigó. Resultó que en uno de esos pases de cuentas la gente de Rolando Masferrer los secuestró, y se los llevó a un lugar desierto en la playa de Santa Fe para asesinarlos. El cabo Carvajal, que era el jefe del puesto, fue avisado de que estaban tratando de enterrar vivo a alguien, y sin más detalles decidió actuar. Llegó a tiempo y comprobó con asombro la veracidad de la información. Allí mismo, al estilo de la mafia, los obligaron a cavar sus propias tumbas y cuando ya iban a ser liquidados llegó Carvajal con una patrulla y los salvó casi de milagro. Yo los vi cuando se aparecieron con ellos en el Buró. Uno dijo: *Mira a esos muertos-vivos*. Por su decidida actuación Carvajal fue ascendido a sargento.

Pocos policías llegaron a ser tan dramáticamente célebres como Esteban Ventura Novo. Procedía del ejército, fue uno de los artilleros que estuvieron disparando su cañón de la Batería de Montaña 1 contra los sitiados en Atarés. Ingresó en la Policía en 1947, en el Buró. Luego estuvo destacado en varias estaciones de policía y regresó al Buró en 1949, cuando ya era segundo teniente. Ese mismo año fue designado para pasar un curso de Técnica Investigativa en la *Havana Business University*. En 1950 obtuvo notas de sobresaliente en un curso de Policiología organizado en el Buró. Estaba decidido a escalar posiciones a cualquier precio y supo aprovecharse de la circunstancia del golpe del 10 de marzo, supo darse cuenta de que a partir de esa fecha no serían los conocimientos los que le harían merecedor de ascensos, sino las acciones violentas, ilegales. Por eso ascendió de una manera vertiginosa. Después del golpe Ventura desapareció del Buró. Se impuso un estilo propio para abrirse paso. Porque se las daba de listo y de guapo, combinó la «bichería» con la violencia, su idea era hacer inteligencia y contrainteligencia dentro de la policía en el enfrentamiento con los delincuentes, quería llegar a ser un superpolicía, y parece que al final descubrió que el único camino para poder llegar arriba no era hacerse un científico ni un estudioso, sino recurrir al crimen, la trampa y el abuso, y ese fue principio de su conocida carrera criminal y de sus persecuciones despiadadas contra los revolucionarios en toda La Habana. Cuando se dio cuenta de que esa era la mejor vía para ganar méritos ante Batista, se volvió implacable, no había quien lo parara. En una ocasión fue

formalmente acusado por sus crímenes y Batista lo salvó con la suspensión de las garantías constitucionales.

Ventura siempre fue un abusador. En una ocasión trajo preso para el Buró a un negro de Jaimanitas. Iba dándole golpes, y así lo metió por el museo que tenía una puerta que daba al Confidencial Uno, que estaba por la calle 32. El negro era una mole, si se le reviraba de verdad, Ventura no le hubiera alcanzado ni a pedacitos, pero el hombre sabía que lo estaban provocando y no quiso seguirles el juego. Solo tenía dos caminos, soportar el abuso o facilitar un pretexto para ser asesinado.

En otra ocasión vi a un detenido en ese trance, cuando le tomaban la foto para ficharlo le entraron a golpes. Irónicamente el hombre les decía:

—¡Qué hazaña la de ustedes, qué guapos son!

Los torturadores y asesinos surgieron porque tenían alma de criminales, pero también porque la misma Policía estableció que el camino más rápido y seguro para el ascenso era la represión más brutal.

El Bureau

El *Bureau*, —así aparecía en la fachada del edificio, en los documentos y en los carnets, aunque todo el mundo lo conocía como «El Buró»— metía miedo nada más que de mencionarlo. A alguien le decían: *A fulano se lo llevaron para el Buró*, y ya a ese nadie le arrendaba las ganancias.

Lo mismo pasaba si mencionabas al coronel Piedra. Caer en sus manos ya era tener la vida pendiente de un hilo, había que procurar que se supiera que te llevaban preso, que te cogieran a la luz del día, con testigos, que un político se interesara en el asunto, porque de otra manera aparecías en El Laguito y nadie lo pagaba.

El coronel Piedra vivía en la casa del frente. Cuando aquello se decía que había un túnel secreto que iba desde su despacho de la Jefatura en los altos del Buró, hasta su dormitorio en su casa. Pero a mí no me consta, yo nunca lo vi, ni siquiera después de que Batista se fue y ya no hacía falta guardar ningún secreto. Pero a la gente le encantan los misterios, y eso del túnel dio mucho que hablar.

Cerca del coronel Piedra trabajaba un ayudante de toda su confianza, el Gallego Alonso, un tipo colorado, joven, que se encargaba de todos sus asuntos. Piedra confiaba tanto en Alonso, que cada dos o tres meses,

le ordenaba viajar a Miami para trasladar dólares a la cuenta de su jefe. No me consta, pero eso se comentó allí.

Adentro de aquel castillito había mucha gente. Uno subía esa escalera enorme y delante estaba la carpeta, el *hall*, la pizarra y después un largo pasillo por el que se iba a las oficinas de los grupos, a Personal, a la Secretaría. En el ala izquierda estaban los calabozos. Uno de ellos era muy especial, sin balostres, tapiado y con una mirilla. Estaba acolchado contra sonidos y allí hacían ciertos interrogatorios. Era difícil saber a quién metían allí. A la derecha estaba el departamento de fotografías, la oficina donde trabajaba una muchacha llamada Estrellita, y al final el museo.

Estaban todas esas oficinas y al otro lado el museo, amplio, que casi nadie visitaba, ubicado ahí sin ningún objetivo aparente, aunque había cosas interesantes, como una urna de cristal ahumado que guardaba los restos de Celia Margarita Mena, la famosa descuartizada de los años 40, una oriental que era esposa de un enfermero.

Fue un caso célebre. Se dice que el enfermero le dio un golpe, ella se desmayó, pero él creía que la había matado. La metió en la bañera, abrió la pila y se fue a ver una película a un cine del barrio. Cuando se terminó la tanda, regresó a casa para picarla en pedazos y repartirla. Fue como al año que Israel Castellanos descubrió que un cráneo encontrado por unos muchachos que jugaban en Batabanó pertenecía a la famosa descuartizada.

En el museo también había un juego de parchís y una foto de Enrique Augusto Lunin, el famoso espía alemán capturado en 1942, que jugaba al parchís tranquilamente con su carceleros. Lunin siempre jugaba

con las fichas verdes, porque ese era el color de la esperanza.

Había sido un personaje misterioso. Andaba por los bares del puerto poniéndole la oreja a los marineros borrachos, enterándose del movimiento de los barcos, las cargas y los destinos. Después declararía que se le hacía fácil enterarse de las cosas, porque los cubanos hablaban más de la cuenta. Se dijo que gracias a su labor de espionaje los nazis pudieron hundir varios mercantes cubanos. Hablaba perfecto el español, tenía una novia cubana. Vivía alquilado en una pensión de la calle Teniente Rey, donde tenía una jaula llena de canarios, y desde allí transmitía con una planta. No se alteró estando preso, hubo hasta quien lo consideró inocente, aunque él mismo admitió que le había tocado perder y pidió perdón por todo lo que había hecho y por las consecuencias. Se llegó a decir que lo fusilaron «de mentiras», que todo fue un truco igual que sucede en las películas, y que en lugar de fusilarlo, lo habían llevado para los Estados Unidos. Corrían otras historias sobre el alemán, casi se volvió una leyenda. Pero todo eso pasó y era pieza de museo cuando yo todavía no había entrado en la policía.

También se exhibían en el museo trajes y objetos folklóricos, de los usados por los ñáñigos. Al parecer no guardaron esas cosas por amor al folklore, sino porque en aquella época las organizaciones religiosas de origen africano se consideraban relacionadas con el mundo del crimen, sobre todo con hechos de sangre y decir ñáñigo era decir guapo o matón.

No teníamos biblioteca, no recuerdo haber visto nunca a nadie leyendo un libro, más bien era sospechoso

ese mundo de la intelectualidad, gente que pensaba, que podía estar ideando cosas contra el régimen. Los comunistas teníamos fama de leer demasiado, temas políticos, internacionales, boletines orientados y enviados desde los países de detrás de la «cortina de hierro».

El Confidencial Uno se ocupaba de esas cosas, era como nuestro pequeño BRAC. Estaba aparte, aunque dentro de los límites cercados de la unidad, en otro edificio que construyeron por los años 50. Tenía gavetas llenas de boletines y libros «ilegales» ocupados.

Por la calle 30 vivía Ricardo Medina Barrios, uno de los oficiales procedentes del exilio batistiano, que fue el último jefe que tuvo el grupo represivo. Él siempre temía ser víctima de un atentado, entraba al Buró sigiloso, escoltado, nunca por el frente, siempre por la posta de la calle 32. El Buró era un edificio triangular, pues la calle 32 desemboca en 33, y le da esa forma, y en su interior estaba el Confidencial, que era como el pollo de aquel arroz con pollo.

Ricardo Medina se las daba de gran jugador de billar, alardeaba de su destreza con el taco, pero no sabía que yo era asiduo a un salón que estaba en mi barrio. Allí dentro del Buró no existía propiamente un club de alistados ni un lugar donde pasar el tiempo, pero cuando había un acuartelamiento, dondequiera se montaba el garito. Entonces se jugaba de todo, billar, siló, siete y media, y también se bebía, pues había una cantina. Algunos, casi sin darse cuenta, dejaban allí entre los tragos y las apuestas el sueldo entero.

El pagador del Buró era el sargento Matos, y el chofer de Piedra, Rodríguez, que decía que era hermano del jefe de la Marina, daba dinero al garrote y cobraba

el 20% de intereses. En una ocasión le pedí para salir de un apuro, pero después no había manera de que pudiera cerrar esa cuenta. Le estuve pagando los intereses como cuatro o cinco meses. La deuda se me estaba volviendo eterna. Los días de cobro Rodríguez se paraba frente a donde pagaba Matos y le iba pa' arriba a todo el que le debía dinero. Tenía montado tremendo negocio con eso. Hasta que un día me cogió cansado y cuando viene pa' arriba de mí y me dice: *Acuérdate*, le respondo:

—Pues no me acuerdo nada, y ya te pagué más de lo que me prestaste, y no te pago un kilo más.

Se puso con guaperías, pero le dije:

—Si quieres, jala por la pistola, que yo también tengo una, y además, tú sabes que ese negocio tuyo de garrotero es ilegal.

No me habló más, ni siquiera para cobrarme la deuda.

Pero volviendo a Ricardo Medina, un día me invitó a jugar. Tal vez pensó que me iba a dar una lección de billar. Acabé con él. Por poco no le dejo meter una bola. Le dio tanta rabia que tiró el taco y se fue. Un amigo de los que estaban mirando me dijo:

—¡Compadre! ¿Cómo a usted se le ocurre ganarle al comandante?

El Moncada

Avanzados los años cincuenta los acuartelamientos se sucedieron cada vez con más frecuencia. El asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, le quitó el sueño a los jefes batistianos. Nunca nadie se había atrevido a tanto. Antes del Moncada, Fidel Castro ya era conocido, pero no preocupaba mucho, no pensaban que pudiera llegar tan lejos, estaban convencidos de que no iba a pasar de estar atacando al gobierno con su programa radial o sus artículos en los periódicos. No lo creían una amenaza real.

Cuando el asalto al Moncada, los jefes del Buró y supongo que los de otras unidades militares, cayeron en un pánico tremendo al considerar el riesgo de pasar por lo mismo.

En el Buró se tomaron medidas extremas, levantaron cercas, colocaron más postas, instalaron sistemas de alarma. En la escalera principal instalaron una reja de hierro de corredera y en los accesos a la Jefatura también se tomaron medidas de precaución.

También se montó una ametralladora de trípode allá adentro. La pieza no era nuestra y su artillero era del Ejército, ubicado allí en comisión de servicio. Estuvimos acuartelados y a partir de ese momento fue cuando

empezó a notarse que el régimen se hacía aún más represivo.

El Buró tomaba otras características, después también atacaron al cuartel Goicuría, en Matanzas, y hasta el Palacio Presidencial. Se fue a pique aquello de sentirse impune.

Pero por aquellos días del Moncada se formó una cosa tremenda, como una sicosis de que nos podían asaltar cuando menos lo esperásemos. Yo también creía en esa posibilidad y me preocupaba mucho por mi situación, porque si algún día ocurría, me iba a ver entre dos fuegos.

Un domingo que me tocaba la guardia, ya por la tarde, acabábamos de comer, y empezaron a sonar las alarmas. Se formó un corre-corre tremendo, todo el mundo buscando su arma, tomando posiciones. Yo di por hecho el asalto. Me decía: *Si los que vienen a atacar me conocen, me salvo, pero si no, me voy a ver en un gran dilema, porque yo no les voy a tirar a mis compañeros.* Pero resultó que se había trabado el mecanismo de la alarma, y como eso fue saliendo del comedor, hasta hubo gente vomitando y enfermos del estómago. Era domingo y había poca gente, pero hubo tremendo show.

La huelga de abril

La huelga del 9 de abril del año 1958 me cogió de guardia. Fue un día de mucho trajín en la pizarra, no daban abasto los teléfonos. Recuerdo que como a las nueve de la noche todavía andaban las perseguidoras recogiendo gente en las calles. Hacían las detenciones y llamaban para preguntar qué destino le daban a los detenidos.

Yo estaba en la carpeta y oía por la planta que teníamos allí, cómo los carros llamaban a la jefatura de la Motorizada y daban el nombre del detenido. Cuando de la jefatura la respuesta era: *M*, eso quería decir que había que matarlo. Entonces ese día estaba de posta Francisco Ramírez Godoy, una buena persona, que no tenía que ver con la represión directa. Él trabajaba en Extranjería, pero de todas partes sacaban policías para cubrir las postas y le tocó allí en la escalinata, desde donde se podían oír perfectamente las comunicaciones de la planta. Francisco escuchó todo aquello y comenzó a coger vértigo y ya cuando no podía más empezó a rezongar, cada vez en voz más alta:

—¡Qué cosa más grande, carajo! —decía— ¡Qué mierda! ¡Eso es una hijoeputá! ¿Cómo van a matar así a la gente?

Tuve que mandarlo a callar, porque si seguía alterándose y gritando esas cosas lo iban a joder esa misma noche, como estaba de caldeado el ambiente.

El asalto a Palacio

El 13 de marzo de 1957, cuando atacaron al Palacio Presidencial, yo no estaba de servicio. Había llevado a mi hijo al médico, al hospital de la Policía y estaba en el cafetín cuando me enteré por lo que hablaba la gente. En la unidad hubo tremendo corre-corre, estaban pendientes de ver en qué paraba aquello, si habían matado o no a Batista, si se había dominado la situación, si había muchos muertos.

Durante mucho tiempo tuvimos ahí tirado en el patio el camión rojo de *Fast Delivery, S.A.*, chapa 362-735, todo lleno de balazos. Los policías iban a verlo por curiosidad, los más batistianos lo consideraban como un «trofeo de guerra», tomado a *esos locos que se atrevieron a enfrentarse a Batista* en su propia guarida.

Cuando estaban sonando los tiros en Palacio había gente del Buró calculando de qué parte de la cerca se ponían, pero en honor a la verdad, también había algunos batistianos enardecidos queriendo arriesgar la vida por «el hombre». Gente del Buró participó seguidamente en crímenes políticos. Unos del grupo de Drogas fueron los asesinos de Pelayo Cuervo. En un carro del Negociado de Drogas del Buró lo llevaron hasta el Country Club y allí en un lugar muy solitario al lado del lago lo mataron.

A Pelayo le tenían ganas, porque abrazaba las ideas de Eduardo R. Chibás, porque denunciaba a los corruptos y no tenía pelos en la lengua, era un tipo diferente de político. Lo odiaban tanto que lo cosieron a tiros.

Se dice que el sargento Gutiérrez fue el primero que le disparó a boca de jarro. Gutiérrez era un cincuentón siniestro, de mala cara, que solía decir: *Ni hago ni doy sombra*. Gutiérrez no tenía escrúpulos, por subir era capaz de cualquier cosa.

No dudo que esa muerte haya sido un encargo personal de Batista, aunque él solía lavarse las manos como Poncio Pilatos. Todos esos detalles se supieron después, por revolucionarios que como yo, estaban al tanto de los hechos desde dentro. Hasta Jáuregui, de Drogas, estaba en la jugada del asesinato. Y el chofer fue un mulato cincuentón de apellido Linares.

También hubo gente del Buró participando en el cerco que le hicieron en Marianao a Arístides Viera, aunque eso no fue premeditado, sino casual. Él vivía en mi barrio, yo conocí a su familia. Era uno de los revolucionarios más fichados y perseguidos de La Habana.

Esa tarde por el *Coney Island Park*, Viera se llevó una luz roja, y un patrullero le cayó atrás para multarlo, pero no lo había identificado. Entonces él pensó que era por otra cosa, aceleró, preparó su arma y cuando lo alcanzaron, ahí mismo se formó la balacera. Como el tiroteo se prolongaba, la noticia se fue corriendo, y participaron muchos carros que iban incorporándose a medida que se enteraban o los llamaban por la planta, y en esas circunstancias acudieron también algunos

carros pertenecientes al Confidencial Uno. Desde la unidad se oían sus reportes por la radio. Parecía un combate aquella cacería de Arístides Viera. Un cabo del Buró, Orlando Marrero Suárez, conocido por «Gallo Ronco», asesinó al periodista ecuatoriano Carlos Bastidas en el bar Cachet en el Paseo del Prado, entre Neptuno y Virtudes.

Los colegas del Norte

Los americanos, propiamente los miembros del Buró Federal de Investigaciones (FBI), tenían muchos intereses comunes con el Buró, sobre todo con el Confidencial Uno, en lo concerniente a la represión de los grupos revolucionarios, así como con el Departamento de Extranjería, ya que controlaban la inmigración y la emigración. El jefe era el teniente de la Marina de Guerra Heriberto Hernández Alfonso, una persona muy vinculada a los norteamericanos.

Ellos estaban al tanto del desplazamiento de ciertas personas fichadas por tráfico de drogas y otros delitos, para evitar la fuga de convictos y también para evitar la entrada clandestina de personas a los Estados Unidos.

Se ocupaban de casos muy variados, de americanos que introducían en Cuba autos robados, de redes de contrabando, de asaltantes y hasta de criminales que buscaban burlar la justicia. Estamos tan cerca, que en ese entonces, obligatoriamente, la delincuencia de allá tenía consecuencias acá, y viceversa.

El Buró se ponía en función de eso. O sea, que los oficiales del FBI se apoyaban en nosotros para extender al sur la salvaguarda de sus intereses. Y nadie se asombraba por ello, era lo más natural del mundo. En el

Buró, el que tenía que ver con los policías americanos estaba arriba, en la jefatura, no todo el mundo podía estar metido en ese campo. Esa comunidad de intereses también se daba mucho con el BRAC. Eran conexiones a alto nivel. Cuando Pérez Coujil fue designado para la jefatura del Buró Represivo de Actividades Comunistas (BRAC), yo le dije a los compañeros del Partido que aquella era una oportunidad que se daba de trasladarme para aquel nuevo servicio, que era donde realmente se iba a organizar el principal enfrentamiento al Partido Socialista Popular y a todas aquellas personas consideradas simpatizantes, los llamados *fellow travelers* o compañeros de viaje, que era un saco donde metían a mucha gente.

La respuesta fue que yo no tenía la suficiente confianza con Pérez Coujil como para ocupar una posición en la jefatura, y no valía la pena perder el dominio que a través de mí se conseguía del Buró. Me dijeron que debía quedarme allí, seguir al tanto de las cosas. Por ejemplo, de los movimientos que hacían los del FBI. Heriberto estaba muy vinculado con ellos.

Él dejó de ir por el Buró. Pensé que lo habían trasladado, pero un día me lo encontré de nuevo, llegó allí muy campante al Buró y le pregunté que dónde se había metido. Me dijo:

—No, es que yo ahora estoy trabajando directamente con los americanos, tengo un despacho en la embajada.

Ya yo sabía que eso era algo para informar, y efectivamente, cuando se lo conté a mi contacto, que entonces era Fermín, me dijo:

—Sigue eso a ver a dónde va a parar.

Desde luego que mis posibilidades eran bastante limitadas, pues el hombre se movía dentro del ambiente de la jefatura.

Clark Anderson era uno de los funcionarios norteamericanos que estaban relacionados con Heriberto. Era blanco, colorado, tendría unos 40 años, y decía ser del estado de Texas. Se pelaba en la barbería del Buró, y se ponía a tararear en su típico español canciones mexicanas. Nos encontrábamos muy a menudo, me saludaba, era muy sociable y se comunicaba bien con los cubanos. De Witt, otro de los norteamericanos, era alto, corpulento y canoso, y se había relacionado con el Buró ya casi al final de la tiranía. A un colega suyo, mister García, de origen latino, que antes de 1950 había trabajado en el Buró, y en los tiempos de Batista daba muchos viajes a México, no lo conocí personalmente, solo de oídas. Este mister García fue quien propuso a Heriberto para el cargo de la jefatura, según versiones.

Aquellos norteamericanos llegaban a la unidad y subían directo a la jefatura a reunirse con el coronel Piedra. También estaban muy relacionados con Juan Castellanos, y con el Departamento de Extranjería que quedaba al final del pasillo.

También había un oficial del Buró que corría con los asuntos relacionados con la INTERPOL. Uno que representó a ese organismo policial internacional en La Habana fue el doctor Jorge de Castroverde. A mediados de 1956 se dio un caso en el que participó. Por esos días llegaron a La Habana unos franceses que estaban fichados por tráfico de drogas. Los buscaban en Estados Unidos y también en Francia. Castroverde hizo

un informe con una reclamación a Orlando Piedra, quien lo consultó arriba y los mandó a detener. El teniente Heriberto Hernández y el agente de Extranjería Armando Sánchez Bretón, un gordo de muy buen carácter, fueron los que agarraron a los franceses en el hotel cuando ya tenían listas sus maletas para huir rumbo a México. Piedra los interrogó y procesó su expulsión de Cuba por indeseables. Los mandaron para Tricornia, un lugar en Casa Blanca a donde mandaban a los extranjeros ilegales. De Boyeros volaron a Nueva York, ahí los interrogaron, pero por formalismo, pues los americanos no cogían lucha por perseguir el narcotráfico, y de ahí volaron a París y ahí ya los estaba esperando la *Sureté*.

Estrellita, se llamaba la oficinista de Extranjería. Allí trabajaba también Ramoncito, que era el hijo del dueño de una peletería famosa. Otro personaje interesante en Extranjería era una negra bonita, de buen cuerpo y fina presencia, pichona de haitiana. Se llamaba Emma Hunt y había llegado allí de una manera muy especial.

Ella trabajaba en la Embajada de Haití y estaba presente el día en que Salas Cañizares asaltó la sede y fue herido de muerte. Como se sabe, ahí la policía masacró a los exiliados, sin importarle que se tratara de una embajada, pasándole por encima a todas las leyes internacionales y a todos los tratados al respecto. Lo que nunca se esperaron fue que allí mataran al jefe del asalto. Y esa mujer fue testigo presencial de toda aquella barbarie, el embajador no estaba porque eso fue arreglado con la policía y lo que se dijo en el Buró fue que para callarle la boca, y para tenerla

controlada, que no fuera a contar lo que sabía, la ubicaron en el Buró de Investigaciones, en el Grupo de Extranjería, bajo las órdenes del teniente de la Marina Heriberto Hernández.

Cuando triunfó la Revolución, la fueron a buscar a su casa, que era por el Balcón de La Lisa, la trajeron para el Buró, pero no la encerraron en calabozo, sino que la dejaron dentro de la oficina de Robos. Como allí había una extensión, ella trató de comunicarse con el exterior. Yo estaba en la pizarra, reconocí su voz, y le dije que lo lamentaba, pero no podía sacar su llamada. No sé cuánto tiempo estuvo retenida, tengo entendido que no la enjuiciaron, no era culpable, solo se había acobardado y había aceptado olvidarse de aquella tragedia, por lo que se quedó trabajando tranquilamente en el Buró. También creo que le consideraron el hecho de ser mujer.

Pomponio

Nunca me hice la idea de que por pertenecer al Buró gozara de impunidad, tratándose de la militancia revolucionaria. Otra cosa tal vez me hubiesen perdonado, pero eso nunca. Allí con nosotros había un policía que antes había sido marino. Le decíamos Pomponio, pasó al Buró en 1952 y estaba conspirando contra el gobierno de Batista. No tenía experiencia, no se cuidaba, se confiaba de todos, no se daba cuenta de que no estaba en su ambiente de la Marina, que era el cuerpo militar más alejado de la represión, y Pomponio en cualquier lugar soltaba un comentario, que si esto tenía que acabarse, que si ya bastaba de abusos, que si al hombre le faltaba poco, que había que hacer algo. Un día lo llamé y le dije:

—Oye, Pomponio, ten mucho cuidado, que tú no sabes quién es quién y tienes la cabeza encima de un barril de pólvora.

Pero no me hizo caso, era un loco, no se cuidaba, se sentía muy seguro, hacía cada cosa increíble..., entraba al baño de la unidad y cuando salía dejaba un 26 pintado en la pared, y hasta llegó a ponerle un 26 a la culata de su fusil. Entonces un día se atrevió a ir a la unidad de Esteban Ventura para interesarse por unos presos pertenecientes al Movimiento 30 de Noviembre.

Fue como ir a bailar en la casa del trompo. Ventura lo ubicó y lo mandó a coger, pero cuando empezó a apretarlo con los interrogatorios, que se enteró de que había sido marinero, se lo pasó a Julio Laurent, a la Marina, según era el trato entre los jefes cuando cogían a alguien. Las relaciones de Ventura con Laurent eran excelentes en ese sentido.

Julio Stelio Laurent era un sádico, jefe del Servicio de Inteligencia Naval, (SIN), que tenía su oficina en un rinconcito del Estado Mayor de la Marina, en San Pedro y Obrapia. Era un local pequeño que constaba de un calabozo, una oficina donde se guardaban los ficheros, un equipo de thermofax que sacaba copias de documentos y el despacho del jefe. Ese Laurent era una verdadera excepción, porque la Marina no solía mezclarse mucho con los servicios represivos. Era una característica que ese cuerpo ya tenía desde la época de Machado. Batista lo sabía, pero insistía en hablar de la «unidad monolítica de las Fuerzas Armadas». De ahí salió la orden de que las perseguidoras de Sarabia salieran a la calle llevando cada una a un policía, un marino y un soldado. Eso tenía un nombre sacado de una propaganda de la radio, creo que era «los tres pegaditos» o algo parecido. De esa manera los marineros también tuvieron que morder el cordobán y jugar su papel en la represión.

Laurent era un platico aparte en la Marina, un asesino. A muchos implicados en el alzamiento de Cienfuegos, el 5 de septiembre de 1957, los había eliminado después de torturarlos. Tenía una lancha y los sacaba por el río Almendares de madrugada para fondearlos mar afuera. Se comentó que a algunos los echó

vivos al mar atados a un contrapeso, y que cooperó con Ventura para desaparecer gente de esa manera.

Pomponio no estuvo mucho tiempo en ese calabozo. No le sirvió haber servido a la Marina, ni siquiera ser miembro del Buró, al contrario, porque además de verlo como al enemigo lo consideraban traidor. Por eso sus antecedentes no le sirvieron para que al menos lo juzgaran y condenaran como establecía el código penal militar, y en ese espejo me miraba yo todos los días, temiendo que algo fallara y me descubrieran.

Una tarde yo estaba en la casa oyendo Reloj Nacional y de pronto dieron la noticia de que habían encontrado a un ex vigilante balaceado en la rotonda de Guanabo.

—¡Qué ex vigilante, ni qué carajo! —le dije a mi mujer— Ese es Pomponio, el policía que hace guardia allá en la unidad.

Un día antes lo había visto. Lo encontraron todavía con vida, pero ya muy mal. No dudo que hasta lo hayan rematado en el hospital, porque él sabía bien quiénes le habían tirado.

El cojo Padrón y otros topos

¿Cuántos infiltrados tuvo el Buró, quién tiene esa cuenta? Otro que estuvo a punto de pasar por lo mismo que Pomponio fue el cojo Padrón, un personaje de leyenda dentro de la Seguridad cubana. Cuando yo lo conocí era miembro del Confidencial Uno del Buró y no estaba lisiado.

Jesús «Chucho» Padrón Ojeda pertenecía a un grupo revolucionario clandestino que tenía en sus manos un plan para atentar contra la vida del dictador Batista. En eso estaban otros miembros del Buró, como el cabo Pereda Arronte y el teniente Iraido Rodríguez Peña, conocido como el Polaquito, que cargaba con el «mérito» de haber matado a un marino prófugo. Era un proyecto que parecía infalible, porque se apoyaba en los propios recursos de protección del tirano. Lo estuvieron planeando, hasta que por fin llegó la fecha en que darían el golpe, aprovechando que el grupo de conspiradores estaría en funciones de escolta. La señal era que el Polaquito sacaría un pañuelo y ahí mismo todo el mundo tenía que echarle plomo al «hombre» y si era menester, al resto de los que lo escoltaban. Era una cosa que parecía segura, sin escape posible para el dictador. Pero a última hora Iraido se acobardó, no hizo la señal, y se perdió esa oportunidad de ajusticiarlo.

Iraido el Polaquito era uno de esos miembros de grupos de acción surgidos en la época del gangsterismo, estaba asociado a ese bandido famoso, Aureliano Sánchez Arango, que posaba de revolucionario con la Triple A.

Cuando había carnavales nos echaban mano a todos para ir a cuidar los paseos. Era un servicio que hacíamos de civil, sin ninguna contraseña, ya que todos nos conocíamos.

A mí me tocó trabajar en ese grupo, al frente del cual estaba el Polaquito. Siempre que terminábamos la jornada nos reuníamos con él, como jefe del grupo, para hacer un resumen e informar a la jefatura sobre el resultado del trabajo. Entonces, de ahora para ahorita, se desapareció Iraido, no lo vimos más por ninguna parte. No estaba ya al frente del grupo y más tarde fue que me enteré de que se había metido en la embajada de Brasil. Luego oí decir que estuvo en la DISIP, en Caracas.

Jesús Padrón no huyó, se quedó conspirando. Como estaba en el Confidencial Uno podía alertar a muchos revolucionarios cuando había operativos para cogerlos, y en febrero de 1955, en una ocasión en que estaban con un grupo conspirando dentro de un apartamento en un tercer piso de la Avenida Carlos III, descubrieron que habían sido delatados y que la policía rodeaba el lugar con tremendo despliegue de fuerzas.

Padrón organizó la retirada. Tenía una soga preparada para huir por el apartamento del fondo y por ahí bajaron todos uno a uno. Padrón se quedó para último, pero el penúltimo desenganchó la soga y lo dejó embarcado. Entonces, antes que caer en las manos de la policía prefirió saltar hasta el otro edificio, a una distancia que parecía imposible de salvar. No pudo lograrlo

y cayó en un zaguán. Cuando trató de levantarse, no pudo, le dolía mucho el pie, se había desbaratado los carcañales. Arrastrándose pudo encontrar un escondite, por poco se escapa, pero los agentes del SIM descubrieron su pistola y sus identificaciones y no pararon de buscar hasta encontrarlo.

Cuando dieron con él, querían llevárselo de todas maneras para el SIM, pero Padrón exigió que como estaba herido y era agente del Buró de Investigaciones, lo trasladaran al hospital de la Policía. Tal vez pensando en la posibilidad de que se tratara de un infiltrado del Buró, le hicieron caso y lo trasladaron al centro médico. Allá llegó dando gritos y anunciándose, para dejar constancia de que había sido detenido y evitar que lo asesinaran, al menos impunemente.

Lo dejaron ingresado con un policía de custodia, la lesión ortopédica era seria y ahí nació eso del «cojo Padrón». Por los pasillos se hablaba de su hazaña. Yo lo vi cuando ya estaba libre, caminando trabajosamente con la ayuda de unos burritos. Cuando lo saludé me dijo: *Jodido, pero contento*. Después de 1959, Padrón fue uno de los fundadores del Departamento de Seguridad del Estado, de Fidel Castro, lo mismo que yo. Parecía mentira que tantas experiencias diferentes cupieran en una sola biografía.

Aunque yo no lo sabía entonces, Demetrio Raymond, que trabajaba en Homicidios, era también un contacto del Partido Socialista Popular, lo mismo que su hermano Gervasio, segundo jefe de la Policía Judicial. Gervasio visitaba el Buró por asuntos oficiales y pertenecía al Partido. A veces también venía para ver a su hermano. Lo menos que yo me imaginaba era en qué andaban, y ellos tampoco sabían en lo que andaba yo.

Ese también fue el caso de Martínez, primer teniente de Robos, que tenía cara de malas pulgas. Cualquiera que lo veía podía imaginarse que era un esbirro de los peores. Del Buró pasó a ser segundo de Mata en la Décima Estación de Policía, pero resultó que era un comunista infiltrado en los cuerpos represivos batistianos. Cuando sabía que un prisionero estaba «en capilla ardiente» decía:

—Déjame a mí, que yo lo desaparezco.

Lo que hacía era mandarlo para la Sierra Maestra, y de esa manera pudo salvar a mucha gente. Después del triunfo revolucionario Raúl lo mandó a ascender a capitán.

En Regla vivía Mario Betancourt Pichardo, un tipo bajito, de espejuelos, muy inteligente, que era cabo de Homicidios en el Buró. Esteban Ventura se fijó en él. Sabiendo que se trataba de una gente muy preparada, se lo llevó de secretario y él aprovechó esa posición para salvar a muchos revolucionarios, y cuando alguien se partía en los calabozos, cuando se iba de la lengua, él daba la voz para que las víctimas de la confesión pudieran ponerse a salvo. A Ventura nunca le pasó por la mente que tenía a su lado a un infiltrado. Ya era muy tarde cuando Batista pudo darse cuenta de que la renombrada unidad monolítica de las Fuerzas Armadas era solo una consigna propagandística.

Yo por lo menos no puedo decir cuántas personas estaban allí dentro del Buró sin ser batistianos. Me viene a la mente un domingo en que me encontraba de guardia, casi no había nadie en la unidad, era uno de esos días aburridos en que no pasaba nada, no entraban llamadas, ni siquiera hubo detenidos.

Todavía no habían terminado de construir el edificio nuevo del Confidencial Uno, y sus archivos estaban en el edificio central. Y el policía que cuidaba la oficina empezó a hacer un registro por su cuenta y sin autorización. Quién sabe qué buscaba. Tal vez informarse sobre algún amigo o pariente. O por pura curiosidad. Insua no era ningún novato, él sabía que todos aquellos *files* estaban llenos de secretos, reportes de los agentes, informes a la jefatura, transcripciones de llamadas, fotocopias del correo, seguimientos, chequeos, listas de colaboradores, fichas de sospechosos, que estaban en álbumes con las fotos, y cada papel guardado allí era material clasificado.

Insua sabía que se estaba arriesgando, que aquello podía costarle hasta la vida, y cuando andaba de lo más embullado metido de cabeza en los papeles, llegó por detrás Castillo y lo sorprendió. Lo cogió mansito, no tenía posibilidad de inventar una excusa. Se lo llevó para el campo de tiro, que estaba en la azotea. Allí le dijo:

—Tú sabes lo que te mereces, pero como no soy hombre de chivatería, esto lo vamos a arreglar a piñazos.

Se enredaron a piñazos. Castillo lo mayoreó, le dio tremenda golpeadura, lo revolcó, pero no lo echó pa'lante. ¿Qué buscaba aquel hombre? Todavía hoy no lo sé. A lo mejor le pasó como a mí, que estaba haciéndole un favor a alguien a riesgo del pellejo. O quizás era revolucionario, porque después de 1959 lo vi un domingo por la tarde, vestido de sargento de la policía. Trabajaba en el DTI.

De Raúl a Benigno. Asunto: Buró

Raúl era mi nombre de guerra en el Partido Socialista Popular. Así firmaba los papeles, los informes que le hacía a mi contacto, aunque la mayoría de las veces lo que hacíamos era vernos en algún lugar apropiado y conversar de los problemas y los intereses. Era un método más seguro, porque no dejaba papeles, más directo, porque ahí mismo podías aclarar cualquier detalle, ampliar, o a partir de eso te encargaban otra cosa, y más cómodo para mí, porque me ahorraba eso de la *escribidera*.

En sentido general, a nivel de Comité Nacional, era Osvaldo Sánchez quien dirigía el aparato clandestino del Partido, pero a nivel personal mi contacto, el que recibía mis informes, me daba instrucciones y me hacía llegar el boletín *Carta Semanal* y demás literatura comunista, era un español nombrado Benigno Alonso. Una vez me contó que lo invitaron a conocer la URSS y que al llegar lo estaban esperando con pioneros y flores y él miraba para todas partes para enterarse de qué personaje había llegado en el vuelo, y con quién eran tantas galas, porque no podía creer que lo fueran a homenajear de esa manera y que incluso lo conocieran allá por su nombre. Eso lo emocionó mucho y se lo contaba a todo el mundo.

Mi hermano también era contacto mío para el trabajo clandestino del Partido.

Benigno Alonso y yo nos hicimos muy buenos amigos, porque él era un hombre de una gran calidad humana. Había que oírlo conversar de la situación internacional y de los problemas de los cubanos, aunque él no lo fuera.

Cuando llegó a Cuba, puso una tintorería, pero le fue muy mal, no era bueno haciendo negocios y todo lo perdió. No tenía familia cubana, así que cuando ya se fue poniendo muy viejo, se le pegó al lado una gente que lo que buscaba era aprovecharlo, tumbarle lo poco que le quedaba y así fue que vino a terminar en un asilo del Cerro. Cuando fui a visitarlo, partía el corazón lo mal que estaba Alonso. Él no merecía ese final. Y después de Benigno me tocó de contacto un tal Fermín, hasta el triunfo de la Revolución. Fue a él a quien le informé de las actividades de Heriberto, al que habían ratificado en su cargo a pesar de sus antecedentes y de haber pasado todo el año de 1958 trabajando con los norteamericanos en la embajada. Entonces lo destituyeron. Después de eso la embajada lo sacó del país.

Los delatores

La chivatería fue un fenómeno que a través de los tiempos estuvo asociado a todos los cuerpos represivos, y eso viene desde antes del golpe del diez de marzo. Muchas de las operaciones exitosas del Buró fueron el resultado de una delación, o de lo que el cubano conoce mejor como «un acto de chivatería».

Había varios tipos de chivatos. Entre ellos los más visibles eran los fanáticos batistianos extremistas, los traidores al movimiento revolucionario que una vez sometidos a presiones soltaban la lengua, perdían la moral y ya se quedaban a expensas de la policía, y los delincuentes comunes a quienes se les negociaba la impunidad de delinquir a cambio de que fueran informantes. También estaban los inescrupulosos que encontraban un modo de vida vendiendo informaciones. Con un sueldo de 100 pesos de un soldado se pagaba a tres chivatos, y de ahí que también fueran conocidos como «33.33».

Estos chivatos eran muy mal vistos por todo el mundo, aún por los propios policías. A cada rato se aparecía uno por el Buró, con su misterio y su disimulo, buscando el camino del Confidencial Uno o de cualquiera de los grupos para soltar su chivatazo.

Eran sujetos despreciables. Muchas veces inventaban cosas por ganar méritos, o le daban curso a venganzas personales aprovechándose de la confianza que les tenían. Para ellos cualquiera era un sospechoso. Por parecer eficaces solían inflar globos, a cualquiera le escribían por gusto un papel. Para poderlos usar con un margen de credibilidad hubo que inventar una escala. Un X-4 era alguien en que se podía creer a ciegas, casi siempre se trataba de uno que estaba infiltrado; un X-3 podría estar bastante cerca de la verdad. Un X-2 era alguna de esas personas que circunstancialmente se enteraban de algo, una puta, un dependiente de bar, un taxista, un cartero, un basurero, y X-1 era cualquier cosa, sin ningún crédito. Una bola, por ejemplo, que se echaba a rodar, era una información de esa categoría.

Así era todo el sistema confidencial. Algunos chivatos llegaron a ser muy útiles para el régimen y más de uno fue ajusticiado por los revolucionarios. También más de un inocente fue víctima de la policía por un falso chivatazo de estos seres despreciables.

Los chivas que más vi yo rondando por el Buró fueron el Negro Fidel y Porfirio, que era blanco. Según versiones a Porfirio lo mataron en México. Estos dos sujetos eran traidores al movimiento revolucionario, reclutados a partir de que no resistieron el rigor de los interrogatorios y delataron a sus compañeros. Así cambiaron sus vidas por la miserable condición de delatores, al admitir que esa fuera la vía de comprometimiento con la dictadura para dedicarse a la chivatería. Ya después que empezaban no podían arrepentirse, porque estaban entre dos fuegos y sus vidas no valían un quilo prieto, tenían la moral por el

piso y nada más les quedaba seguir adelante con su traición. En una ocasión uno de estos tipos llegó al Buró y el policía que estaba de posta al saber a qué venía no solo le gritó *chiva* y *maricón*, sino que le espantó un tiro de su fusil M-1. Para salirse de ese problema alegó luego que estaba pasado de tragos y le había dado por eso.

Yo conocí a un conductor de guagua de la ruta 22 que era blanco, grande y le decían Mayajigua. Me lo encontraba muchas veces cuando salía del Buró, coincidían mi hora de salida de la guardia y la suya de confronta. Sabía que yo era de allí y tan pronto montaba en su guagua se me sentaba al lado y empezaba a venderse como buen batistiano. Yo pensaba: *Lo que es la vida, uno nunca sabe al palo que se arrima*. El tipo se ponía a conversar conmigo, a congraciarse, a alardear de sus relaciones con batistianos connotados.

—¿Tú ves esta sortija? —decía Mayajigua muy orgulloso— Bueno, pues me la regaló Silito Tabernilla, que es mi amigo personal.

Y así se pasaba el viaje mencionando personajes, relatando encuentros con gente del gobierno, regalos, privilegios y yo no le hacía mucho caso, pensaba que era por alardear, porque lo considerara importante. Un día un amigo del barrio, el dueño del bar La Lunita, Roberto, me llamó aparte y me preguntó:

—Mario, dime una cosa, ese conductor que es amigo tuyo, Mayajigua, ¿va mucho por el Buró?

—Jamás lo he visto ahí, Roberto, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, porque sé de buena tinta que el tipo es chivato.

Yo le dije a Roberto que aquello me parecía un chisme, que el tal Mayajigua era un batistiano alardoso, pero de ahí a dedicarse a la chivatería iba un tramo largo.

—Bueno, pero ¿tú estás seguro...?

Le aseguré que nunca lo había visto ni por los alrededores del Buró. Pero resulta que casi al acabar de decirle eso voy entrando al Buró y lo primero que me encuentro es a Mayajigua que venía del Confidencial, caminando por el pasillo, muy amigable, casi familiar, con Alberto Rodríguez Margose, y por la conversación que llevaban me di cuenta de que efectivamente el hombre estaba de lleno en lo de la chivatería. Ese mismo día fui al barrio a contarle, llamé a Roberto y le dije:

—Oye, mi socio, tú estabas claro con lo de Mayajigua, el tipo es chiva.

Lo mismo que alerté con lo de Mayajigua, hice unos cuantos favores peligrosos aprovechando mi presencia en el Buró. Eso no me lo pedía el Partido. Probablemente me lo hubiera prohibido. Era algo que no podía evitar. ¿Qué menos podía hacer estando allí?

Las elecciones

Las elecciones también nos tocaban. Estaban arregladas, esas las ganaba de seguro el PAU de Batista, pero se mantenía el paripé de vigilar los colegios y montar guardia en las urnas. A mí me tocó cuidar una mesa en un colegio electoral de Santos Suárez en el 1954. Allí estaban los representantes de varios partidos. Me pusieron a cuidar junto con otro policía, Caicedo, de la Oncena Estación.

Faltaron muchos electores, Grau San Martín había ido al retraimiento y una buena cantidad de personas decidieron no ir a votar, pero de todas maneras se hizo allí una cola.

Las instrucciones eran que los que pertenecían al Partido Acción Unitaria (PAU), no tenían que hacer cola. Había una contraseña para aquellos que votarían por Batista, una manera de mover la mano o algo parecido y entonces las autoridades los pasaban delante, pero conmigo no caminó ese privilegio. Cuando me daban la seña esa me hacía el ignorante y tenían que jarse la cola como todo el mundo.

Al terminar la votación se cerró el colegio y Caicedo, que era de la Oncena Estación, me dijo:

—Entra, que tenemos que estar presentes en el escrutinio.

Cuando abrieron las urnas descubrieron que más de la mitad de las boletas estaban echadas a perder. Así que encima de que no votaba todo el mundo el que lo hacía se burlaba. Hasta hubo quien votó por *Chicharito* y por *Sopeira* para presidente. Otros escribieron: *¡Abajo Batista!*

Cogieron para relajo las elecciones, en realidad eran eso. Entonces lo que hicieron fue traer una caja con boletas nuevas y se la repartieron en la mesa, y ahí los representantes de cada partido se dedicaron a votar por quienes no lo habían hecho. Uno de ellos me quería dar boletas, me dijo:

—Oye, policía, agarra, ¿tú no tienes candidato?

Después, cuando estábamos cargando las urnas ya selladas, me quedé con la tapa de una de ellas en la mano. Caicedo me dijo:

—Mira, compadre, lo que has hecho.

Y yo le respondí:

—No jodas, Caicedo, ¿con lo que acabamos de ver no te basta?

En 1958 hubo elecciones de nuevo, con la situación muy mala, ya en las últimas horas de Batista, y a mí me tocó trabajar cuidando un colegio de pareja con el cabo Bencomo, que pertenecía al Confidencial Uno. Cuando el golpe de 1952 Bencomo fue uno de los batistianos que vinieron de Miami, se destacó en sus servicios de represión y hasta fue nominado «el novato del año». Le iba bien, tenía una cuñita verde.

No me daba ninguna gracia verme haciendo la guardia al lado de un hombre que se había destacado como represivo. Me estaba arriesgando a que le hicieran un atentado y cogiera yo también. Me movía para un

extremo, disimuladamente, y allá iba el hijoeputa a buscar la conversación, me volvía para el otro lado y allá iba él de nuevo. Y yo pensando: *a ver cómo me libro de este*. Yo no estaba exagerando, era una posibilidad real, ya yo había pasado por una experiencia parecida.

Fue un día que me detuve a hablar con un policía en la esquina de 51 y 56. Yo no sabía con quién trabajaba, pero lo conocía de verlo por el Buró. Estuvimos conversando largo rato y luego los compañeros del Movimiento me dijeron:

—Coño, Laverde, le salvaste la vida al chofer de Ventura.

—¿Cómo es eso, chico?

—Es que le íbamos a tirar al tipo y tú no te le despegabas.

Y en el caso de Bencomo yo sí sabía bien quién era. Enemigos seguramente le sobaban. Eso él también lo sabía. Cuando se fue Batista y se enteró en lo que yo estaba, dijo:

—Coño, cómo engañan los colores, quién me iba a decir que Laverde era rojo.

Esto se jode

Aquellas elecciones de 1958 fueron como la tapa al pomo. Como ya a esas alturas la cosa estaba muy mala, Bencomo ya estaba haciendo sus cálculos y en una de esas acercadas mientras cuidábamos el colegio electoral me dijo:

—Laverde, esto se está poniendo muy mal, esto se jode. ¿Qué tú piensas hacer?

—¿Hacer? ¿Qué voy a hacer?

—¿Cuánto tienes guardado? ¿No tienes nada para irte?

—Yo no tengo dinero —le dije—, pero tampoco pienso irme para ninguna parte porque no tengo deudas con nadie.

—Pues yo sí tengo unos pesos —me respondió—, y aquí no me cogen. Y tú bien comemierda eres si te quedas. Cuando vean que estabas en el Buró, eso no te lo van a perdonar. Piénsalo, que todavía estás a tiempo.

Unos meses antes yo hubiera creído que ese hombre me estaba sonsacando para partirme el carapacho. Pero me di cuenta de que había mucho miedo en sus ojos cuando me hablaba.

Es que ya la veían venir, hasta Batista estaba haciendo las maletas. Por eso no había que extrañarse por la preocupación de Bencomo. Estando en el Confidencial

Uno se tenía que enterar de muchas cosas. Ya aquella historia de cuatro gatos encima de las lomas, cuatro «mau maus, muerde y huye» que esquivaban el encuentro con el Ejército, había quedado atrás. Todos los días se sabía de algún brote nuevo de las guerrillas. Ya había rebeldes en todas las provincias, donde había una loma había rebeldes, y también estaban invadiendo el llano, porque hasta ahí mismo en Matanzas organizaron una columna.

Al principio los jefes decían que no habría problemas mientras las grandes ciudades se mantuvieran defendidas, que los «forajidos», que es como les llamaban, o los «mau maus» o los «muerde y huye», nunca habían tomado una ciudad cabecera de provincia. Pero de un día para otro se empezó a correr que Santiago y Santa Clara estaban en el pico de la piragua. Santa Clara a mitad de camino de La Habana, un poco más de cuatro horas por carretera, cuando aquello la Central, que era más demorado el tráfico. Y aquello significaba que las barbas del vecino ardían ya, figúrate tú, te encontrabas en los pasillos a la gente averiguando qué era lo último que se sabía de «por allá abajo», y yo les decía:

—Por allá abajo no, coño, que eso viene de arriba, de las lomas.

Pero ellos no estaban para chistes.

La cosa se estaba poniendo de un color muy feo. Nosotros a cada rato teníamos un corre-corre y un zafarrancho. Entonces la gente estaba muy pendiente de los viajeros que llegaban de Oriente, porque esos sí eran testigos presenciales. Ellos contaban todo lo que habían dejado atrás y decían cosas que no aparecían en ningún periódico. Esas sí eran noticias frescas.

Se aseguraba que el tráfico por carretera estaba prohibido y cuando alguien se aventuraba a viajar, caía en las emboscadas, se tiroteaban las guaguas, se volaban los puentes del ferrocarril. Contaban que ir de Matanzas para allá era jugársela, y un día nos visitó Casero, el alcalde de Santiago de Cuba, una persona a la que se debía creer, y fuera de toda sospecha, porque estaba dentro del gobierno. Y él también ratificó que aquello estaba en candela.

Ya estábamos en diciembre, y el hombre vino con la historia de que la derrota del Ejército podría ser una cuestión a corto plazo, que algunos soldados ni querían pelear, había unidades enteras negadas a volver al frente, y otros conspiraban o se pasaban a las filas rebeldes.

Según aquel político, si no se hacía algo pronto, nadie iba a poderlos parar en su camino triunfal a La Habana.

Una vez se corrió entre la gente del Buró que habían matado a Raúl Castro. Se pusieron eufóricos. Yo pasé un mal rato hasta llegar a conocer que todo era una falsedad.

La realidad también podía conocerse mediante las emisiones radiales de la Sierra Maestra. A veces oía la Radio Rebelde, me iba para casa de una hermana que tenía por la calle Revillagigedo, ahí no me conocían, no sabían que era policía, y la sintonizaba. Se oía mal, con mucha estática, pero llegaba a entenderse el mensaje. Y en la radio legal fue bochornoso el caso de Luis Conte Agüero, *La voz más alta de Oriente*. Era hermano del candidato batistiano Andrés Rivero Agüero, decía que estaban peleados a muerte, pero un policía de la escolta de Andrés me dijo que Luis lo visitaba a escondidas de noche.

Por esos días hice una apuesta que gané. Como sucede en muchas barberías, en la nuestra, que estaba ubicada al final del pasillo, se discutía mucho de política, de pelota y de la situación del país.

La gente se acaloraba, todos creían que tenían la verdad, se jugaba al adivino, todo el mundo era un estratega, se hacían apuestas, siempre había un barullo tremendo.

Allí pelaban Fajardo y Pedro Izquierdo, que había sido compañero de mi papá en el ejército y vivía por 19 y 42. Lo que dejó atrás la visita de Casero fue mucho, pero a pesar de sus presagios pesimistas Fajardo dejó de tijeretear y proclamó con una mano encima del sillón y la otra girando sobre la cabeza de un policía:

—Mi experiencia me dice que por jodida que esté la cosa, finalmente el ejército se impone y a esta gente se les derrota.

—Yo no estoy tan seguro —le dije. La gente se quedó tensa, el que pensaba igual no se atrevía a decirlo y el que pensaba distinto, por si acaso, no quería parecer demasiado intransigente. Pero Fajardo insistió:

—¡Una caja de cerveza a que los soldados barren con los muerde y huye!

—¡Voy con esa caja! —le dije.

Se quedó concertada la apuesta y no demoró mucho en que me la ganara. Después del triunfo él siguió de barbero. Un día fui a verlo y me puso tremenda cara cuando le dije:

—Vengo por la caja de cerveza que me debes.

Con nosotros había un cabo que tenía un hermano soldado, peleando en la Sierra Maestra, y ese era su orgullo más grande. Era el cabo Baró, que pertenecía

a Juegos. Un día le trajeron la noticia de que allá en las lomas habían matado a su hermano en una emboscada. Baró solicitó que lo mandaran para allá, quería vengarlo, quería estar en el lugar donde se combatiera. Le aceptaron la solicitud, gente motivada como él era la que más falta hacía cuando muchos soldados estaban deseando no pelear más. Lo pasaron para el Ejército.

Un día vino a despedirse de nosotros, con todo el uniforme de campaña, el arma, pavoneándose, creyéndose todo un héroe, un tipo de esos que salían en las películas.

Lo mandaron para donde quería, pero allá no duró ni una semana. De nada más asomar la cabeza en el primer encuentro con los rebeldes, se la volaron. Y esa familia perdió dos hijos que dieron la vida por un hombre que no tuvo el valor de ponerse al frente de sus soldados y defender su gobierno, y en lugar de eso huyó una madrugada con las maletas llenas de dinero, traicionando a todos aquellos que habían dado su vida por él.

El último día de 1958 lo pasé trabajando en el Hotel Nacional. Un amigo mío del Buró, el teniente Hidalgo, un dandy que tenía muchísimas relaciones y negocios y tenía, como se decía, mucho *punch*, me dijo que si quería ganarme fácilmente diez pesos, que nada más era pasarme la noche cuidando el orden en el Hotel Nacional. No se trataba de un servicio coordinado con el Buró, sino de un arreglo particular que se hacía con la gerencia del hotel. La costumbre era que uno esperara el año en familia, mucho más aquel de 1959, cuando la gente estaba retraída, todo el mundo metido en

su casa. Pero diez pesos me venían muy bien. Hablé con mi mujer, le dije que total, que si nosotros no íbamos a hacer nada especial, me la podía pasar en el hotel y así traía algún dinero para la casa. Mi hijo Tony estaba chiquito, necesitábamos ese dinero, y llegamos a la conclusión de que valía la pena esperar el año nuevo trabajando en el Nacional y así lo hice.

Le dije a Hidalgo que aceptaba, y ahí estuve cuidando aquello hasta la madrugada. Me pagaron los diez pesos, me dieron un *sandwich* y una cerveza, fue una noche tranquila y no la pasé mal. Un policía decente no tenía otro camino que buscarse otras entradas de dinero. O prefería que fueran basadas en el trabajo, no sacándole dinero a la gente. En una ocasión me hablaron para que sirviera de inspector secreto de las guaguas. Pagaban tres pesos al día y un peso para gastar en los pasajes mientras se actuaba. Me daban un número de agente y una ruta. Yo tenía que subir a las guaguas sin identificarme y tratar de detectar a los conductores que robaban. Las guaguas tenían un reloj y los conductores debían marcar la hora en las transferencias. Lo que yo hacía era que cuando me encontraba con un infractor lo advertía: *Ten cuidado, compadre, que te van a partir*. A los 15 días de estar en eso, precisamente un Día de Reyes, me botaron. Llegué a ver al superior y me dijo: *Oiga, usted no coge a nadie, compadre*. Por suerte aquello me sirvió para redondear los gastos del Día de Reyes. Y con lo del Nacional pasó lo mismo, que tuve una manera de ganar algo para el fin de año.

Ya era primero de enero cuando terminé mi guardia en el hotel. Estaba contento, pero muerto de sueño.

Cogí una ruta 22 para irme a casa. Pero cuando a eso de las dos y tantas de la madrugada iba en la guagua, me asomé a la ventanilla. Entonces vi que estaba pasando justamente frente al Buró y me puse a pensar que de todas maneras ya era el otro día y yo tenía que estar ahí a las siete. Corría el riesgo de quedarme dormido en casa, de llegar tarde y que pensarán que andaba de cumbancha, así que decidí bajarme en el puente. Cuando la posta me vio llegar tan temprano me preguntó:

—¿Qué coño tú haces aquí a esta hora?

Enseguida me di cuenta de que allí pasaba algo raro. El Buró estaba desierto. El centinela me dijo:

—Mira, Laverde, aquí no queda nadie, todo el mundo espantó el mulo, ¡empezando por Batista! Yo estoy jodido, porque no puedo dejar la guardia sola, pero tú lo mejor que haces es arrancar ahora mismo y perderte.

El hombre, de muy buena fe, me cayó para que me fuera, pero me encapriché en quedarme, ya estaba allí, además, quería saber en qué paraba aquello, qué iba a pasar con tantos batistianos, cuál iba a ser la participación del Partido después de la fuga del tirano.

Caminé hasta el fondo de la unidad, los pasillos estaban desiertos, los calabozos estaban vacíos. Las rejas abiertas de par en par. Nada más había dos o tres policías dormidos pasando la borrachera, esos no se enteraron de nada, cuando despertaron ya todo había cambiado para ellos.

Uno de estos desprevenidos, Guido, era un mulato del grupo de Mariano Faget. No era un asesino de los peores, pero sí un abusador. Cuando lo detuvieron y le llevaron alguna gente al careo, se defendió tan mal

que él mismo se echó mierda encima. Le trajeron a la mujer de José María Pérez. Ella lo acusaba de ser uno de los que golpeaba a los detenidos. Como Guido ignoraba que ese mártir había sido del Partido, le dijo:

—Mire, señora, yo no soy un santo, yo di bastantes golpes y patadas, pero nada más a los comunistas.

Él mismo se acusó, le echaron como cinco años por maltratos, abuso de poder. Pero Guido no era de los peores, los verdaderos matones del Buró, los camajanes, empezando por el coronel Orlando Piedra³ y los del Confidencial Uno, todos desaparecieron esa madrugada. Los más enterados cogieron los aviones que mandó a preparar Batista, y los otros, parece que fueron alertados, o se robaron embarcaciones o se metieron en una embajada. No quedó ninguno. Francisco Calzadilla, un flaco que usaba espejuelos montados al aire, sargento oriental que prestaba servicios en el Confidencial Uno, se metió en la Base Naval de Guantánamo.

Según fue avanzando el día los policías del Buró que no tenían ningún motivo para huir, comenzaron a presentarse con sus armas. Uno de ellos, muy preocupado, me decía que tenía la conciencia tranquila, pero estaba muerto de miedo, no porque lo fusilaran o lo metieran preso, sino porque lo fueran a dejar en la calle sin trabajo. No sabían qué hacer. Se ponían a oír las noticias, llamaban por teléfono, le preguntaban a los que se llegaban por allí, qué estaba pasando en la calle.

El primer teniente Verduguillo llegó envalentonado. Ese no se resignaba a perder, y como los jefes hu-

³ Entonces jefe del Buró de Investigaciones.

yeron, se cogió la bronca para él. Nos reunió y nos dijo que aquello no se había perdido todavía, que con doscientos hombres era capaz de resistir allí y no dejar que los revolucionarios tomaran el Buró. Le respondí que lo hiciera con 199, porque yo no peleaba para defender a ladrones y asesinos. Tuvieron que sujetarlo, por poco me hala por la pistola.

Finalmente los militantes del Directorio Revolucionario fueron los que ocuparon el Buró. El jefe del grupo era uno de los sobrevivientes del asalto al Palacio Presidencial, que había quedado lisiado en esa operación y tenían que llevarlo cargado.

Pero ahí por esos días empezaron a entrar elementos de todas clases, oportunistas, politiqueros, algunos se habían dejado crecer la barba, hasta delincuentes se presentaron a ver si podían pescar en río revuelto.

Como a la sexta noche de ya estar tomado el Buró y ocupado por los revolucionarios, llegaron unos autos, se parquearon frente al edificio y empezaron a bajarse gente con armas largas y a tomar posiciones. Venían a asaltarnos.

Los que estaban adentro no conocían a los que llegaron, los de acá creyeron que los recién llegados eran batistianos que venían a recuperar el Buró, y los visitantes estaban seguros de que arriesgarían sus vidas tratando de desalojar a un grupo de esbirros atrincherados. Aquello por poco se acaba a tiros, pero por fin apareció alguien que aclaró las cosas.

La tranquilidad fue pasajera, cuando ya creíamos que todo había vuelto a la normalidad, alguien se apareció allí pidiendo cabezas, diciendo que aquello era una madriguera batistiana, centro represivo, el peor de ellos,

el tenebroso Buró del coronel Piedra, y que allí nadie servía para nada y había que pasarles la cuenta.

Yo estaba en la calle, cuando llegué me encontré a la gente muy nerviosa, y no era para menos. Lo primero que me dijeron fue:

—¡Coño, Laverde, por poco eres el único superviviente que queda en el Buró!

Y entonces me contaron que aquel hombre llegó muy decidido a acabar con todos. Quién sabe, a lo mejor le habían matado a un familiar, o creía que debía hacer la justicia por su mano. El caso es que llegó y dijo:

—Lo que tenemos que hacer es fusilarlos a todos.

Mandó hacer una formación en el patio, emplazaron una ametralladora, se dispusieron a barrer con todo el mundo, sacaron de los calabozos a más de cien policías reunidos en esa explanada pero entonces un oficial rebelde se paró bonito, impidió ese crimen, dijo que si Fidel se enteraba iba a decir que nosotros éramos peores que los peores batistianos, que aquello sería un asesinato, que el que tuviera problemas sería juzgado y condenado como mandaban las leyes rebeldes, pero no pasado por las armas sin juicio ni defensa. Se puso delante, había que matarlo a él primero.

Hubo gente allí que criticó a aquel hombre por haber intercedido y muy poco después ese oficial murió por un tiro escapado. Qué mal se portó la suerte con aquel hombre tan justo. De no haber sido por él, hubiesen caído inocentes, por el solo hecho de vestir un uniforme y estar en una nómina del Buró. Pero en realidad en aquellos primeros días hubo unos cuantos casos con apariencia de actuación revolucionaria que sin embargo tenían que ver con venganzas y pases de cuenta personales.

Cuando los jefes batistianos huyeron, al Buró entró de todo. Entraron revolucionarios pero también bandidos. Cuando soltaron los presos del Príncipe salieron delincuentes mezclados con los presos políticos, y más de uno se aprovechó de la situación. No se me olvida un tipo con grados de teniente que desde que lo vi entrar no se me despintó. Enseguida me dije: *Este es un bandido*. Luego, en 1961, vino como mercenario por Playa Girón.

No todo el que tenía un carnet de policía era un matón, ni siquiera un batistiano. Yo no era el único que estaba allí cumpliendo una misión, ni el Partido era la única organización que desarrollaba ese trabajo típico de contrainteligencia. Además, también había otros policías que sin tener una militancia definida ni un encargo específico, se mantenían alertas y no se prestaban a las desvergüenzas y los crímenes. Demetrio Reimond, que pertenecía a Homicidios, también era un revolucionario infiltrado del Partido Socialista Popular. Yo me lo encontré después, cuando fui a trabajar a la Seguridad del Estado. Ninguno se esperaba ver al otro en semejante lugar. Los dos nos hicimos la misma pregunta:

—¿Y tú qué haces aquí?

En esos primeros momentos conocí a varios oficiales rebeldes, al capitán Carbó, a Carini, a Samuel Rodiles, a uno que estuvo en el asalto a Palacio y le jodieron la columna, aquel que por muy poco tiempo fue jefe del Buró y tenían que subirlo cargado hasta la oficina.

Poco tiempo después un capitán de la clandestinidad se hizo cargo del Buró. Fue el famoso Aldo Vera Serafín. Un día me llamó y empezó a conversar conmigo, a hacerme preguntas acerca de mi proceder en

el pasado, lo que pensaba de lo que estaba sucediendo y también sobre mi situación en el Buró.

Por nada del mundo podía decirle que yo trabajaba secretamente para el Partido, porque la cosa estaba muy confusa, el propio Aldo Vera incluso después traicionó y apareció metido en la contrarrevolución en el exterior. Pero ese día que habló conmigo se expresó como un revolucionario completo. Sacó del buró una tarjeta, me la firmó y me dijo:

—Vaya, eso es para que no tengas problemas por la calle.

Y al final de la cosa el que tuvo problemas fue él. Yo permanecí en el Buró hasta el 22 de febrero de 1960. De ahí pasé al Departamento Técnico de Investigaciones, en la Avenida 51, lo que era la casa de Salas Cañizares, y estando allí, un día mi contacto me vino a ver. Tenía que decirme algo y no sabía cómo. Al fin me dijo:

—Oye, va a haber baja para todo el mundo en el Buró... incluyéndote.

La explicación era la mala fama que tenía el Buró. Había quien no entendía que pudiera quedar nadie activo de los que trabajamos allí. Según mi contacto, yo no tenía de qué preocuparme, ya me ubicarían en otra unidad. Pero pasaba el tiempo y nadie me avisaba de nada, y me cansé de esperar, así que pedí que me sacaran de aquel bache. Ya no podía seguir por más tiempo cruzado de brazos.

Yo no tenía interés en seguir de militar, lo que quería era empezar a trabajar en cualquier cosa, y así fue que me destinaron a la obra del Acuario. Estaba allí muy conforme, cuando un día al llegar a la casa me encontré

con una citación. Tenía que presentarme en la casa del comandante Raúl Castro, en Ciudad Libertad. Era para trabajar en la Seguridad del Estado, en un buró de la Sección Q, primero en Quinta y Catorce, y luego en Villa Maristas. Pero esa es otra historia. El otro día ví a un viejo de los que me conocieron en el Buró y me dijo:

—Las sorpresas que te da la vida. Un topo en el Buró..., ¿quién se lo iba a imaginar? El loco Blanco, que después fue mi jefe en la Sección Q, me reconoció y me dijo:

—Yo a ti te conozco, te vi en el Buró cuando estuve preso.

—Yo también te vi —le respondí—, pero somos lo que somos porque no lo dijimos.

Nota

Mario Enríquez Laverde nació en Santiago de las Vegas, el 5 de marzo de 1927. Solo alcanzó a concluir la primera enseñanza. En 1947 se afilió a la Juventud Socialista y en noviembre de 1950 ingresó en la Policía Nacional por orientación del Partido Socialista Popular. Fue destinado al Buró de Investigaciones, donde permaneció hasta el triunfo de la Revolución. Durante todos esos años, en los que ocurrieron sucesos trascendentales como el golpe de estado de Fulgencio Batista (1952), el asalto al Cuartel Moncada (1953), el desembarco del Granma (1956) y el asalto al Palacio Presidencial (1957), Mario suministró a los comunistas cubanos una sistemática y valiosa información. Después del triunfo revolucionario pasó a prestar servicios en los órganos de la Seguridad del Estado. Se jubiló en 1988. Es militante del Partido Comunista de Cuba. Posee varias condecoraciones, entre ellas la Orden Frank País, de la Clandestinidad, la Orden 40 Aniversario de las FAR, y la Orden 19 de Abril.

Índice

| | |
|---------------------------------------|-------|
| <i>A modo de prólogo</i> | / 5 |
| El hijo del soldado | / 7 |
| ¿Policía de azul dril? | / 13 |
| La masacre de Orfila | / 17 |
| El policía 3282 | / 21 |
| Cubanos a Corea | / 29 |
| Queríamos tener casa propia | / 31 |
| El funeral de mi padre | / 33 |
| Mi escuela fue un día detrás del otro | / 35 |
| Y no solo el Partido | / 37 |
| En la pizarra | / 45 |
| El Buró en la calle | / 51 |
| El personal del Buró | / 55 |
| El hombre que mató a Benito Remedios | / 65 |
| El golpe | / 67 |
| Los pandilleros se visten de azul | / 71 |
| El <i>Bureau</i> | / 75 |
| El Moncada | / 81 |
| La huelga de abril | / 83 |
| El asalto a Palacio | / 85 |
| Los colegas del Norte | / 89 |
| Pomponio | / 95 |
| El cojo Padrón y otros topes | / 99 |
| De Raúl a Benigno. Asunto: Buró | / 105 |

Los delatores / 107
Las elecciones / 111
Esto se jode / 115
Nota / 129

